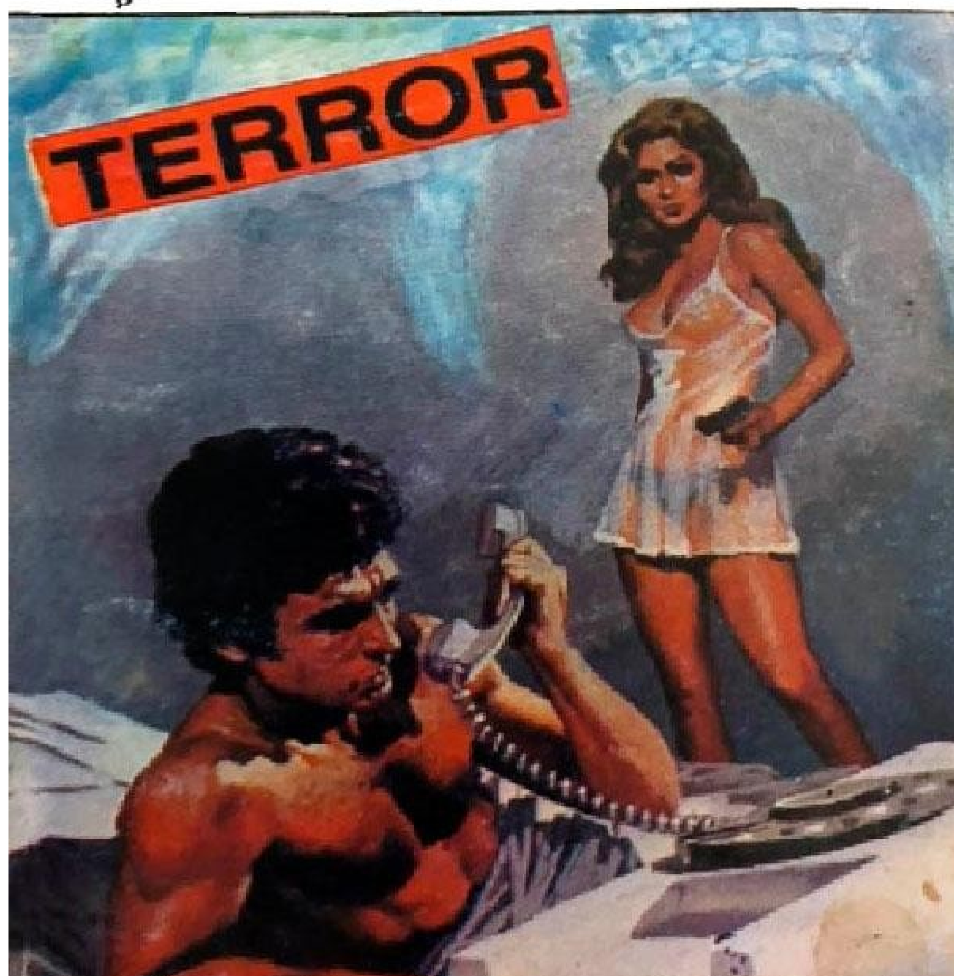
ESCALOFRÍOS
TERROR

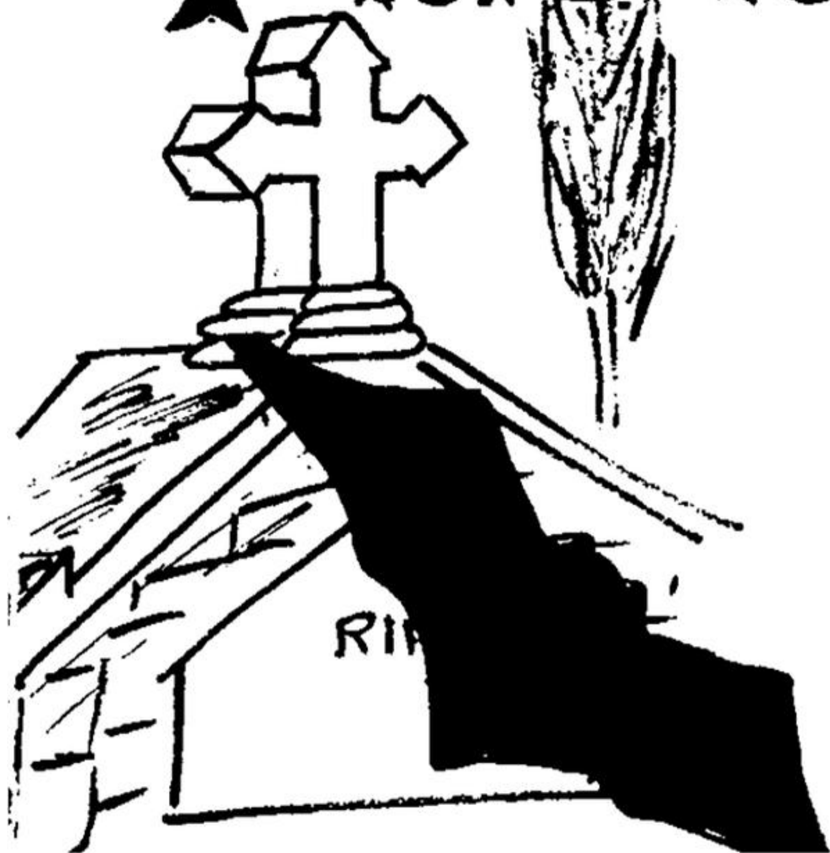
# RALPH BARBY

22

# ENTRE SÁBANAS



# escalofríos de TERROR



RALPH BARBY

# ENTRE SABANAS

Colección
ESCALOFRÍOS TERROR N.°22

Ediciones Olimpic S.L.
Apdo. Correos, 9428
08080 – Barcelona

ISBN: 84-7750-060-6
Depósito Legal: M 30824-1988

1ª edición: octubre 88



Fotocomposición LOSER, S.A.
Puerto Príncipe 24.
08027 - Barcelona

FUTURA - GIESA

Distribuye R.B.A.
Pol. Ind. Zona Franca - Sector B
C/B nº2 11.
0804 - Barcelona

# Capítulo primero

De madrugada, la ciudad ofrecía un magnifico y a la vez inquietante aspecto. Hileras de farolas encendidas se prolongaban en todas direcciones y el asfalto brillaba húmedo por la densa niebla que había ascendido por el Sena.

Los árboles, bien ordenados en los bulevares, respiraban tranquilos sin el acoso del fragor de los miles de motores de los automóviles que ahora descansaban con las ruedas quietas donde podían, encima de las aceras o en las ciudades dormitorio del área de influencia del gran París.

A Madeleine le agradaba circular de noche.

La ciudad estaba prácticamente desierta y podía conseguir una buena velocidad, pero también sabía que resultaba peligroso. París era una ciudad donde el asalto, la violación y el crimen resultaban demasiado frecuentes como para poder olvidarse de ellos, aunque podía considerarse afortunada porque no había sufrido ningún tropiezo con el mundo del crimen cuando acudía a su trabajo nocturno.

No era una mujer pusilánime, pero temía a la agresión, al daño que pudieran causarle los salvajes de la noche, y más cuando éstos iban en pandilla.

Le agradaba elegir rutas diferentes, si no cada noche, de vez en cuando, para así mejor ver con sus propios ojos el aspecto que ofrecía la ciudad.

Sentía una cierta predilección por pasar por la plaza Pigalle y ver las rutilantes luces de sus locales de espectáculos, a algunas supuestas rubias muy provocativas que esperaban al cliente en las esquinas y que posiblemente no fueran rubias sino rublos que lo mismo podían parecerse a Kim Novak que a Marilyn Monroe, sin

olvidarse de Catherine Deneuve.

Pasaba rauda por el Boulevard Rochechouart observando a distancia los burdeles con hombres atisbando ansiosos, buscando la mejor manera de gastar sus francos.

Al pasar casi por debajo de los raíles del «metro», allí aéreo, recordaba a Marlon Brando gritando en su película de «El último tango en París». Todo tenía interés para Madeleine. Era como si circulando por todas partes se impregnara cada día un poco de la esencia, de la fragancia que emanaba del gran París y de este modo se sentía más motivada en las charlas que vertía sobre un micrófono color naranja y con forma de pera, un extraño artilugio que recordaba a un raro polluelo sobre el que regurgitaba todo aquello que había ingerido horas antes a través de sus ojos.

Se sobresaltó al oír unos golpes contra el cristal de la ventanilla de su lado izquierdo. Sin apartar su pie del gas, desvió la mirada y junto al coche descubrió a un motorista cuyo rostro no podía verse a causa del casco con visera de plástico oscuro que le cubría por completo, dándole un aire de extraterrestre de serie de «cómic».

Sintió el impulso de preguntarle qué quería, mas no tardó en comprender que lo mejor que podía hacer era apretar el acelerador hasta el fondo y escapar, ya que por el lado derecho de su pequeño coche apareció otro motorista con las mismas características que golpeó también el cristal de la ventanilla, pero la mano enguantada de éste debía llevar dentro un pedazo de hierro, porque el cristal saltó hecho añicos y el frío húmedo de la noche penetró en el vehículo.

Tocó el claxon mientras aceleraba para escapar. Acababa de darse cuenta de que no eran sólo dos motoristas los que la acosaban sino cuatro, porque eran cuatro las potentes motocicletas que se habían pegado a la carrocería de su coche.

—¡Marchaos, hijos de perra! —gritó enfurecida.

Sabía que si se detenía iba a ser peor. La ciudad le pareció más desierta que ninguna otra noche. Era como si en el gran París hubiera sucedido un hecho extraño que dejara solos a Madeleine y a aquellos cuatro motoristas que la acosaban.

La sacarían del coche y jugarían con ella, se divertirían sin piedad y luego, quizás la arrojaran al río que estaba cerca. Aquellos tipos ansiaban divertirse y ¿cómo mejor que atacando a una víctima

indefensa?

Aquellos indeseables vestidos de cuero eran unos auténticos diablos manejando su caballo de acero.

Uno de ellos se adelantó ligeramente muy pegado al vehículo de la joven y golpeó el cristal parabrisas con una cadena.

El cristal se llenó de miles de rayas y dejó de ser transparente. Madeleine comprendió que aquél era el fin. Todo sucedió en breves segundos.

Hizo un giro brusco a la derecha, otro a la izquierda. Pisó el freno, los neumáticos chirriaron pero consiguió detenerse sobre el asfalto mojado.

Luego, soltó el freno y pisó el acelerador hasta el fondo. Era una maniobra suicida que forzosamente había de sorprender a sus atacantes mientras la joven trataba de abrir con su puño un agujero en el cristal parabrisas para ver a través de él al tiempo que oprimía un botón de doble claxon que un amigo le había instalado para casos de emergencia en que hubiera de pedir socorro.

Escuchó el golpe fuerte y sordo, luego chirridos de hierros. Volvió a frenar mientras los dos claxons que llevaba instalados ululaban escandalosamente con intermitencias.

Cuando de nuevo detuvo el coche, abrió un boquete en el parabrisas y vio a los endiablados motoristas que ocultaban sus cabezas bajo los malditos yelmos de acero y plástico.

—¡Zorra, te vamos a dar lo que mereces! —gritó uno de los motoristas y con una cadena hizo saltar a pedazos el cristal parabrisas.

Madeleine se protegió el rostro con las manos porque los cristales semejaban proyectiles tratando de herirla y encima estaba la hostigante cadena que amenazaba con alcanzarla.

Se escurrió por el asiento para esconderse bajo el volante cuando la sirena intermitente de la policía arribaba al lugar a toda velocidad.

Las poderosas motocicletas se pusieron de nuevo en marcha para escapar. Madeleine se quedó acurrucada sollozando de miedo casi debajo del volante.

Por el hueco que había dejado el destrozado cristal parabrisas, no tardó en aparecer el rostro de un agente.

—¿Está bien, puede abrir la portezuela?

Gimiendo, asintió. Abrió y salló del vehículo ayudada por dos policías. Sollozante, trató de explicar:

—Querían matarme.

—Los encontraremos —sentenció un gendarme—, lo malo es que no son los únicos.

—Uno se ha quedado aquí para siempre, éste no la molestará más —dijo otro agente señalando al motorista caído.

La motocicleta estaba más lejos, volcada, perdiendo sus humores grasos. El motorista yacía inmóvil contra el bordillo, como desarticulado. Debía haberse partido la cabeza. El casco se hallaba aplastado.

—¿Está muerto? —preguntó Madeleine.

—Sí, se ha matado —asintió un agente—. No se ha perdido nada.

Desde la comisaría de policía, Madeleine telefoneó a los estudios de la
R. P. I.

—¡Madeleine, Madeleine! ¿Estás bien? —le preguntó Raimond angustiado.

En su voz se notaba la preocupación por lo sucedido a su jefe y compañera en el programa radiofónico.

—Ya te contaré, estoy haciendo la declaración. —Vaciló—. Ha sido un accidente, no digas nada por antena.

—Pues, ya están preguntando dónde estás.

—Anda, vuelve al micro, no lo dejes. A los radioyentes hay que mimarlos para que no se nos vayan a otra frecuencia.

—Pudiéndote oír a ti, seguro que no se van.

—Cuelgo, Raimond, pronto estaré ahí —le dijo Madeleine.

El comisario Villiers mostraba en su rostro una mueca de preocupación. Sus amplias cejas parecían más oscuras de lo habitual, quizás era la luz de la lámpara la que le daba aquel aspecto.

—No se va a poder evitar el proceso, señorita.

—Me han atacado.

—Sí, claro, los agentes han visto huir las motocicletas y ahora estarán buscando a esos salvajes, pero cuando los encuentren no vaya usted a creer que ellos aceptarán culpa alguna. Será la palabra de usted contra la de ellos.

—Me han atacado —repitió la joven.

—Sí, sí, lo sé, y nosotros haremos que confiesen, pero luego todo depende del juez. Le sugiero que consulte con su compañía de seguros y apóyese en un buen abogado. De todos modos, no tiene por qué preocuparse. Ha sido atacada y en el ataque se ha producido el accidente de ese joven de la moto, lo malo es que ellos dirán que usted lo ha golpeado con su coche.

—No podía ver, me habían destrozado el cristal parabrisas.

—Los peritos emitirán su informe. —Ahora, sería mejor que pasara por el médico forense.

—No, no, por suerte no he sufrido ninguna herida.

—Eso ya lo veo, pero pueden darle algún calmante. Ha hecho bien en no oponerse a que le sacaran una muestra de sangre para el análisis de alcoholemia.

Aceptó simplemente una tila y ya casi de amanecida, a bordo de un taxi, se dirigió a Radio París Internacional donde Raimond, al verla, la cogió por los brazos y la besó rápidamente en ambas mejillas antes de preguntarle ansioso:

—¿Cómo te encuentras?

—Bien, bien, pero ha sido muy desagradable. Un joven ha muerto, yo no le conocía de nada. Vamos, vamos al micrófono…

Pasaron al estudio. En aquel momento estaba saliendo al aire una canción de Leonard Cohen.

—Mis amigos de «Entre sábanas», ¿cómo estáis? —saludó Madeleine con su voz sensual y amistosa, una voz que se filtraba en los oídos de los noctámbulos que no dormían por su trabajo o por cualquier otra causa entre las cuatro y las siete de la madrugada.

—Nos tenías preocupados —dijo Raimond hablando por su micrófono frente a Madeleine que tenía unas hojas de guión delante, pero a las que no hacía caso alguno.

—He llegado tarde porque he tenido problemas de tráfico, pero lo que importa es que ya estoy aquí con mis amigos de «Entre sábanas».

Valery, el amanerado técnico de sonido, hizo un gesto significativo a Madeleine y ésta asintió con la cabeza sin dejar de hablar.

—Tenemos un ingresado en antena, adelante con él. Hola, ¿quién eres?

—Hola, Madeleine —saludó la voz del radioyente que estaba utilizando su teléfono particular para comunicarse con los estudios de la R. P. I—. Soy el Bretón, ¿me has olvidado?

—¿Olvidado? —se rió levemente—. ¿Cómo iba a olvidarte, Bretón? Tienes una voz singular, inconfundible. Dime, dime.

—Ya te conté, tengo un avisador en la sesera que me despierta cuando tu aterciopelada voz sale por antena.

—Qué bien. ¿Y…? —preguntó con su voz cariñosa que algunos tomaban por «caliente».

—Verás, es que me pasan cosas raras.

—¿Qué cosas?

Madeleine procuraba hablar poco, dejaba que fuera el ingresado quien se explicara, el que diera el juego. Su propósito era hacer un programa de radioescuchas para radioescuchas. Ella sólo era el puente, un puente agradable y sensual.

—Pues, que esto que tengo entre las manos se me pone tan duro que me temo que cuando suene el despertador a las siete no voy a poder meterme los pantalones.

—Oye, Bretón, ¿no me dijiste en otra ocasión que tu mujercita querida dormía ahí muy cerca de ti?

—Sí, pero ronca como una condenada. ¿Quieres oírla?

—Pues, no sé qué decirte, a lo mejor a nuestros amigos sí les interesa oírla.

—Espera, espera… Sólo tengo que estirar este maldito cable, un día creo que me voy a ahorcar con él.

—Oye, tranquilo, que vas a despertarla y…

—¿Despertarla? Ésta no se despierta hasta que suene ese maldito despertador que le regalaron con publicidad de café, ya verás. ¿Oyes, la oyes bien?

Todos los radioyentes del programa «Entre sábanas» pudieron oír los fuertes ronquidos que casi sonaban a cerdo de aquella mujer que dormía sin saber nada de cuanto estaba sucediendo.

—¿La oís, la oís? —preguntó el que se hacía llamar Bretón.

—Dios mío, es terrible. ¿Y qué vas a hacer, despertarla?

—Si la despierto es peor, se pone como una fiera.

—¿Has pensado en el divorcio?

—Sí, pero el negocio es de ella —respondió el hombre haciendo alarde de sinceridad.

—Si es así…

—Ya has oído como ronca y ahora, dime qué hago con lo que tengo entre las manos.

—¿Le gusta a tu mujer Marlon Brando?

—¿Marlon Brando? ST, claro, mucho, como la miel y es diabética.

—Pues, anda, a la cocina, coge la mantequilla y canta un tango. Ya sabes qué hacer con lo que tienes entre las manos y seguro que deja de roncar. Cántale un tango y suerte, a lo mejor hasta cambia los ronquidos por gemidos.

La música entró en el programa y Madeleine suspiró. Raimond vio su bello rostro cambiar de expresión, reflejaba preocupación después de aquel corto diálogo cargado de erotismo que daba Interés al programa.

—No has debido venir, estás haciendo más de lo que puedes —le dijo Raimond.

—Es mi programa, no he faltado nunca a él.

—Eres una profesional de los pies a la cabeza, pero en ocasiones te excedes.

—Ésta es la forma en que se consigue el éxito.

—O la destrucción. ¿Tomas algo?

—¿Algo, a qué te refieres? —preguntó mientras en el programa sonaba la música y una lucecita le advertía que tenía a un radioescucha al teléfono.

Miró al técnico que estaba al otro lado del cristal, éste le sonrió y asintió con la cabeza señalándole con el dedo el teléfono que tenía delante.

—Cuando vuelva a casa, si me tomaré algo para dormir como una bendita, ha sido una noche horrible.

—Lo Importante es que no hayas resultado herida.

—No te preocupes. Madeleine, como la república, es Indestructible.

El técnico bajó el tono del disco que concluía y la joven, atendiendo a su mímica, un lenguaje en el que se entendían perfectamente a través del grueso cristal que les separaba, dijo:

—Hola, tenemos otro ingresado en el programa «Entre sábanas»… —Mola, Madeleine. Me ha costado mucho comunicarme contigo.

—¿Puedes aclarar un poco tu voz? Apenas se te entiende, parece que estás como muy dormido —le dijo Madeleine tratando de ser simpática como era su costumbre.

—Ésta es mi voz ahora —dijo el hombre que hablaba por teléfono—. No puedo mejorar mi voz ya no es posible.

—¿Cómo te llamas?

—Puedes llamarme el muerto.

—¿El muerto? Oye, pues hasta resulta divertido. ¿A qué juegas?

—No juego, Madeleine. Te busco a ti.

—¿Sabes que no eres el único? Tendrás que hacer cola.

—Volveré, Madeleine.

—Vaya, ya ha colgado nuestro amigo el muerto… Los hay que les gusta el terror, puede que sea un «masoca». Ahora, un poquito de música para animar, que esto ya parece un velatorio y a nosotros nos gusta otro rollo.

—¿Te ha molestado ese Idiota? —le preguntó Raimond ya a micrófono cerrado. El estaba para dar soporte a Madeleine.

—No, no tiene importancia, hay que recibir toda clase de llamadas y saber jugarlas. Nunca se sabe lo que pueden dar de sí, aunque te confieso que al oírle se me ha puesto la piel de gallina.

—No te lo habrás tomado en serio, ¿eh?

—No, claro que no, qué tontería, simplemente ha sido una sensación desagradable, ésta no es mi noche. Tengo ganas de que lleguen las siete. Cuando te sucede algo extraño en la noche, algo así como un accidente, qué largas se te hacen las horas. Pobres radioyentes, hoy los estamos machacando con más música de lo que están acostumbrados, esperemos que no protesten.

Se esforzó por terminar el programa con aparente buen humor sin contar por antena el problema que acababa de vivir. Raimond se ofreció a acompañarla, ya que ella tenía el coche para reparar.

—¿Me invitas a subir? —preguntó él estacionando el automóvil frente al edificio donde vivía Madeleine.

—Lo siento, ya sabes que cuando llegan las siete, dejo de ser la Madeleine de «Entre sábanas» para ser otra.

—Es que yo quiero a esa otra…

Madeleine se inclinó sobre el hombre, le dio un beso fugaz en la boca, sonrió y se despidió dejándole solo en el vehículo.

El edificio de apartamentos era antiguo y conservaba su vetusto

ascensor con cabina de madera y metal dorado. Madeleine vivía en el quinto piso.

Residir en el centro de París no era fácil para nadie debido a los altísimos alquileres y a los astronómicos precios de compra de apartamentos. Aquel piso se lo debía como herencia a una tía suya con la que había tenido muy poco trato pero que había muerto sin hijos, padres ni hermanos. Después de pagar los Impuestos de la herencia, Madeleine se había hecho con el piso que era más grande de lo que había supuesto en principio, por ello solo había reformado lo indispensable, una alcoba, el baño y la sala de estar. Siete habitaciones más y otra sala permanecían cerradas, guardando el polvo y los empapelados recuerdo de otros tiempos.

Había llenado la bañera de agua caliente y sentía su cuerpo relajado dentro de ella. Pensaba tomarse un buen tazón de leche con miel y un poco de cereales y después se metería en la cama para dormir profundamente y tranquilizar sus alterados nervios.

El timbre del teléfono la hizo removerse en el Interior de la bañera.

—Maldita sea, no he puesto el contestador automático… Quien quiera que sea, que se vaya al diablo.

El teléfono sonaba incansable, una y otra vez hasta que, de pronto, dejó de oírse. Madeleine suspiró de alivio sin haber salido de la bañera, pero a los pocos segundos volvió a sonar.

Quien llamaba sabía que ella estaba en el piso y que terminaría por descolgar.

Molesta, salió de la bañera. Se cubrió con el albornoz y fue hasta la salita. Cogió el teléfono e, Irritada, inquirió:

—¿Quién es?

—Soy el muerto…

Quedó perpleja. Un estremecimiento recorrió su cuerpo y sin decir nada, colgó el auricular.

Se produjo un breve silencio y el teléfono comenzó a sonar de nuevo con diabólica insistencia. Madeleine conectó el automático de la grabadora mientras exclamaba:

—¡Vete al infierno, muerto!

# CAPÍTULO II

El comisario Villiers daba la Impresión de estar agriado. Mantenía una cortesía muy ajustada y no pasaba de ella, como si estuviera seguro de haber llegado al cénit de su carrera profesional y de que ya no había más metas ni objetivos para él y que, por otra parte, nadie le iba a quitar el cargo que ostentaba.

¿Para qué esforzarse en ser muy amable y sonreír a la gente? Aquélla era la filosofía del hombre que Madeleine tenía delante, al otro lado de la mesa escritorio.

—Todavía no hemos podido arrestar a los otros tres motoristas que la atacaron, pero es cuestión de horas. Se saben en problemas y se habrán escondido. El muerto se llamaba Paul Gavin, vivía en una urbanización a treinta kilómetros de París, cerca de Versalles, gente media bien, funcionarios, empleados cualificados y pequeños empresarios.

—O sea, un chico al que no le faltaba de nada y que se divertía haciendo daño por la noche.

—Eso tendrá que decirlo el juez o el jurada. —¿Jurado?

—Hay un muerto, no puede olvidarlo, pero no tema, ha habido otras denuncias de mujeres atacadas en la noche por cuatro motoristas. Lo que va a ser difícil es que ellas les reconozcan a su vez.

—Yo quería hablarle de que me están telefoneando.

—¿Telefoneando, a la radio, se refiere?

—A la radio y a al domicilio particular.

—Usted debe estar acostumbrada a las llamadas.

—Sí, muy acostumbrada, pero no a las llamadas desagradables.

—¿Se refiere a llamadas obscenas, de acoso sexual?

—Me refiero a que alguien me llama diciendo que es el muerto.

—¿El muerto? ¿Y lo relaciona con lo ocurrido?

—Sí —asintió, rotunda.

—¿Por qué?

—Nadie había llamado antes al estudio ni a mi casa diciendo que es el muerto.

—Después de todo, es una broma de criatura. Cuelgue el teléfono y asunto concluido.

—Yo no lo veo de esa manera, comisario. Esa llamada me rompe los nervios, ya he tenido bastante con lo que sucedió. Creo que es uno de los otros tres motoristas que supo quién era yo y ha decidido vengarse.

—¿La ha amenazado?

—No.

—¿Le ha dicho algo que pueda considerarse una ofensa grave?

—No.

—Entonces, creo que no hay que darle mayor importancia. Además, por lo que yo sé, usted es experta en responder al teléfono.

—Sí, sé responder muy bien al teléfono, pero aquí se trata de una agresión que sufrí la otra madrugada y estoy convencida de que el tipo que me acosa diciendo que es el muerto y poniendo voz de ultratumba, es uno de los que me atacaron.

Si es uno de ellos, pronto dejará de molestarla, se lo aseguro. No obstante, enviaré por su domicilio a un Inspector para que Investigue este asunto.

—Un asunto al que usted no da Importancia, ¿verdad? —inquirió molesta. Al poco, la joven abandonaba la comisaría.

Se oía de fondo el teclear de máquinas de escribir mecánicas y también las impresoras puntuales imprimiendo los datos que se le demandaban.

Había procurado no dar espectacularidad en la emisora a lo que le había ocurrido, prefería dejarlo como un simple accidente de tráfico urbano, aunque ya se sabía que había sido atacada por los cuatro motoristas y un par de compañeros habían hecho alusión a ello en sus respectivos programas, incluso trataron de entrevistarla para dar más emotividad a la situación.

Madeleine se había negado, quitándole importancia.

Se ensimismó en las noticias de chismorreos de la alta sociedad de París y sus artistas, subrayando con el rotulador fosforescente los

datos que le parecían más significativos para luego pasarlos a su guión por si interesaba comentarlos o pedir opinión sobre ellos a los oyentes.

No era raro que alguien de la redacción se pusiera ante su mesa para comentarle algo. Al ver la sombra de una figura humana, levantó los ojos de la página de la revista que estaba leyendo y miró al hombre, un desconocido que tenía los ojos de color gris oscuro, abundante cabello lacio rubio castaño, largo bigote y recortada barba. Era joven y fuerte, muy masculino, todo él transpiraba energía, pero su mirada era plácida y también su sonrisa.

Era un hombre tan agradable para una mujer que Madeleine lo notó así en su propio cuerpo. Si aquel desconocido la hubiera cogido de la mano para llevársela adonde él quisiera, pese a la experiencia que tenía en su relación con hombres, Madeleine le habría seguido sin preguntar siquiera.

—¿Eres Madeleine?

La voz algo grave, bien timbrada, sin estridencias, correspondía a la imagen física del apuesto desconocido.

—Sí. Ahora no recibo visitas, estoy preparando el guión de mi programa.

—Me llamo François Gavin.

—¿Gavin?

Madeleine frunció el ceño. Sus ojos azules se empequeñecieron y su mirada quedó clavada en aquel rostro amplio y fuerte, de gran mentón oculto en parte por la barba de pelo rubio castaño, algo más oscuro que el cabello de la cabeza.

—Sabrás por qué estoy aquí.

—¿Era familiar tuyo?

—Paul era mi hermano.

Lo siento, pero él se buscó lo que ocurrió. Me atacaron entre cuatro, todos iban con motos, ya te lo habrá contado la policía.

—Sí, me han contado la historia. —Agravó algo su voz para añadir—: Siento mucho lo que te pasó. Esos de las motos son unos salvajes del asfalto, la policía trata de capturarlos pero por lo visto no es fácil.

—Pasé un rato muy malo. Me golpearon con cadenas. Tenía todo el cristal roto, sin poder ver a través de él. Ya sabes cómo se ponen los parabrisas si se les da un mal golpe, no hay quien vea a

través de ellos.

—Si son templados, lo comprendo, pero he de decirte algo importante.

—El asunto está en manos de la policía y de la compañía de seguros. ¿Cómo están tus padres?

—Nuestro padre murió hace tiempo en un accidente laboral. Mamá está pasando una crisis difícil, este suceso la ha hundido más.

—Lo lamento, de veras, pero el culpable fue él. Me atacaron salvajemente con cadenas, no sé qué hubiera sido de mí sino aparece la policía y consiguen sacarme a rastras del coche. Ya sabes que algunas mujeres han sido sacadas de sus automóviles en la noche, golpeadas, violadas y después arrojadas al Sena.

—He oído algo de ello, muy lamentable. Si fuera jurado, haría que esos salvajes pasaran toda su vida en la cárcel.

Madeleine suspiró antes de decir:

—Bien, ¿qué puedo hacer? —Se sentía mejor porque no veía animosidad alguna en aquel hombre.

—La policía nos pidió que fuéramos a reconocer el cadáver.

—Lógico, lo comprendo.

—El muerto no era mi hermano Paul.

—¿Cómo?

Pese a que le daba lo mismo que el muerto fuera Paul Gavin u otro, Madeleine se sorprendió porque había dado credibilidad a lo dicho por la policía.

—El hombre muerto en el accidente tenía la cabeza rota pero no desfigurado el rostro. Ya le habían pedido a mi madre que diera su autorización para el trasplante de órganos, pero al no reconocerlo, no se ha podido dar el permiso.

—¿Y es seguro que no se trata de Paul Gavin, de tu hermano?

—No. La policía ya está haciendo averiguaciones sobre las huellas dactilares.

—Entonces, ¿por qué la policía me dijo que era Paul Gavin?

—Lo mismo que a nosotros. Ese joven muerto llevaba encima la documentación de Paul.

—¿Incluida la fotografía?

—Habían conseguido cambiar la foto. Por lo tanto, la documentación era falsa.

—¿Entonces, tu hermano?

—Hace unos meses que desapareció, no hemos vuelto a saber de él, por eso mamá está tan deprimida, tan hundida que va a ser difícil que supere esta crisis.

—Entonces, ¿ese joven que murió es un delincuente?

—Sí, y no sólo por utilizar una documentación que no le corresponde, sino por atacarte a ti como lo hizo.

—Sí, claro.

La policía se encargará de identificar al muerto, de momento está en un congelador.

—Si es así, va a ser más difícil localizar a los otros tres.

—Probablemente —admitió François—, pero ésa es tarea de la policía. Yo tenía que decirte que no fue mi hermano quien te atacó salvajemente, los periódicos tendrán que rectificar esa noticia.

—Cuando la policía corrobore lo que me has dicho y eso será fácil con una llamada, yo misma daré el desmentido en mi programa de radio.

—Perfecto. Podía habértelo dicho por teléfono, pero he preferido hacerlo personalmente. Había oído hablar de ti, pero no suponía que fueras…

—¿Fuera qué?

—Tan bonita, tan atractiva. Eres preciosa.

—Gracias, pero no estabas obligado a decirlo. Después de todo, tu hermano no ha sido el muchacho que murió.

El timbre del teléfono que Madeleine tenía sobre la mesa sonó estridente cortando el diálogo, un diálogo que estaba resultando agradable para ambos.

Alargó la mano y descolgó el auricular acercándoselo a la oreja.

—¿Dígame?

—Soy el muerto… Quiero verte…

—¡Maldito, maldito, no me harás coger miedo, no, no!

Tras aquella réplica furiosa, Madeleine colgó. Se encontró con la mirada interrogante de Francis que le preguntó:

—¿Algo malo?

—Un tipo que se hace el gracioso. Tengo la intuición de que es uno de los cuatro que participaron en el ataque que sufrí la otra noche. Quiere vengarse de la muerte de su colega.

—¿Se lo has contado a la policía?

—Sí —se sinceró la joven—, pero no hacen mucho caso de este

tipo de llamadas porque por lo visto se producen demasiadas cada día. De todos modos, mandarán un inspector. —A través de esa llamada, la policía quizás pueda llegar a averiguar la identidad del muerto y de paso localizar a sus colegas. Quién sabe si interrogándolos averiguamos dónde está mi desaparecido hermano.

Volvió a sonar el teléfono interponiéndose entre François y Madeleine como un intruso desagradable. La mujer miró el aparato, recelosa, casi con miedo, pero la mirada de François que iba de ella al teléfono la obligó a descolgarlo.

—¿Dígame?

—¡Zorra, pagarás lo que hiciste, lo hemos jurado!

Se puso pálida. Antes de que pudiera preguntar nada, la comunicación se cortó. El tipo que la había insultado y amenazado, de voz chillona, acababa de colgar.

Despacio, colgó el auricular. La piel de su rostro se veía muy blanca y sus labios temblaron. Estalló en un sollozo.

—¿Qué te pasa?

—Tengo miedo —gimió, cuando Raimond se acercaba a la mesa. Al verla llorar, se encaró con François, agresivo.

—¿Qué le ha hecho?

—¿Eres tú su ángel protector? —preguntó François sin tratar de disculparse al tiempo que se levantaba de la silla.

—No, Raimond, no ha sido él —dijo Madeleine como pudo, pues la voz le fallaba.

No obstante, Raimond lanzó una mirada desafiante a François. Amaba a Madeleine más o menos secretamente y su instinto le advertía que aquel desconocido era un rival muy cualificado.

# CAPÍTULO III

La mujer tenía los ojos cansados, hundidos tras las gafas oscuras que los ocultaban pese a ser ya noche cerrada.

Vestía un traje sastre marrón oscuro y un abrigo del mismo color. Resultaba difícil calcular su edad; quizás alguien con buen ojo para calibrar a las mujeres hubiera opinado que tendría alrededor de los cincuenta años.

—¿Es aquí, señora?

—Sí. Espéreme.

—¿Esperarla? —preguntó el taxista—. ¿Mucho rato?

—No sé, media, una hora, quizás dos, no lo sé aún.

—Es que tengo que ir a cenar —gruñó, mirando de reojo el hotelito de dos plantas que apenas tenía luz y frente al cual estaba estacionado.

—Tome, cien francos para que no se vaya. Es aparte de lo que cueste la carrera.

—Bien, señora, haremos que el estómago espere un poco más —claudicó el taxista.

La calle era ancha. Había hotelitos con jardín a ambos lados de la calzada. Apenas había luces públicas y no pasaba nadie a pie, tampoco había coches parados. El lugar resultaba muy solitario.

La mujer se apeó del taxi. Se acercó a la puerta de hierro y pulsó el timbre. Aparecieron dos perros doberman negros como la misma noche. No ladraron, aunque sí gruñeron amenazadores.

—¿Quién es? —preguntó una voz femenina por el interfono.

—Soy la señora Gavin.

De súbito, los perros se alejaron a la carrera y el portero electrónico le franqueó el paso. Le habían recomendado aquel sitio pero tenía miedo, no podía evitarlo.

El lugar era muy solitario y la técnica hacía que pareciese casi encantado: La puerta que se abría supuestamente sola, los feroces dobermans alejándose sin que nadie los llamara…

La puerta se cerró automáticamente y la mujer avanzó hacia la puerta del hotelito. Una mujer joven, de piel muy blanca y vestida de monja, le franqueó la entrada de la casa.

El hábito negro y rojo cubría también su cabeza. La señora Gavin no había visto nunca un hábito como aquél. De su cuello colgaba una cadena de plata que terminaba en un gran círculo que imitaba un aro de fuego.

—Sígame, por favor.

Avanzó por el interior del hotelito y pasó junto a una estancia donde había otras monjas también jóvenes y blancas que oraban en una lengua desconocida para la señora Gavin.

Fue conducida a otra sala escasa de luz que le resultó inquietante por los fetiches que colgaban de sus paredes: Tallas de madera de ébano, cabelleras, una especie de cadena de calaveras humanas. Había también una ancha cortina de cuentas de cristal de colores y un cuervo que la sobresaltó con su graznido. Todo tenía el aspecto que cabía esperar en un sitio como aquél.

—Tome asiento aquí, señora Gavin —le dijo la extraña pero atractiva monja.

Se acomodó junto a una mesa redonda cubierta con un tapete rojo. Sobre la misma no había nada.

Se mantuvo a la espera, vigilando la puerta por la que se había marchado la monja, lo que ignoraba es a qué secta o religión pertenecía.

La sorprendió la aparición por entre la cortina de cristalitos: Un enorme sillón, casi un trono, que se desplazaba sobre ruedas que no quedaban a la vista. Encajado en él, un hombre enorme, obeso hasta lo inaudito.

Era negro y no tenía un solo cabello sobre el cráneo, pero sí llevaba bigote y una barba frondosa.

Aquella especie de trono era empujado por dos jóvenes atractivas que llevaban también el hábito rojinegro y el collar en el que pendía el círculo de fuego.

Las dos discípulas de aquel negro enorme que debía pesar sus ciento cincuenta kilos, lo situaron frente a la mesa camilla.

—Buenas noches, señora Gavin —saludó con voz muy ronca, impregnada de algo de cinismo.

—Buenas noches —respondió algo cortada.

Le habían explicado cómo era aquel hombre al que llamaban Sabedor, pero la realidad acababa de sorprenderla. Era mucho más fantástica de lo que había imaginado.

—Me han dicho que está buscando a su hijo.

—Sí, estoy buscando a mi hijo Paul.

—¿Se da usted cuenta de la cantidad de hombres y mujeres que buscan a sus hijos desaparecidos?

—Sí, supongo que muchos.

—Los hijos se van, se van a vivir su vida como los pájaros que saltan del nido en el primer vuelo.

—Mi hijo es especial.

—¿Por qué piensa que su hijo es especial?

—Es mi hijo.

—Todas las madres dicen lo mismo.

—Un joven ha muerto en un accidente de moto y llevaba la documentación de mi hijo. Cuando la policía me lo comunicó, creí que era él, pero luego, en el depósito de cadáveres, comprobé…

—Que no era él.

—Sí, no era él pero llevaba la documentación de mi hijo con la fotografía cambiada.

—El caso parece interesante —opinó el Sabedor—. ¿Qué dice la policía?

—Está Investigando.

—Sí, claro, siempre dicen lo mismo.

—Me han hablado muy bien de usted. ¿De verdad, de verdad puede averiguar dónde está ahora mi hijo?

—Yo puedo muchas cosas —dijo sonriente, mostrando unos dientes muy blancos que destacaban por el entorno de su piel negra, dilatada hasta lo increíble a causa de su brutal obesidad—. Yo no soy ni Dios ni Satán.

—¿Cómo puede usted averiguar dónde está mi hijo?

Hay formas. No siempre se puede garantizar el éxito, por ello suelo cobrar por adelantado.

—¿Por adelantado? —repitió la señora Gavin recelosa, mirando alrededor.

Los fetiches y amuletos africanos que veía no le infundían confianza alguna, los cráneos humanos que formaban una cadena, las cabelleras. Se fijó entonces en las dos jóvenes blancas que permanecían tras su sumo sacerdote y éstas le sonrieron.

—Señora Gavin, es usted libre, nadie la obliga a quedarse aquí, puede levantarse y marchar ahora mismo, pero si desea averiguar dónde está su hijo desaparecido a través de mis poderes, deberá aceptar mis condiciones.

—Es que cobra usted mucho…

—Veinticinco mil francos no es tanto, señora, otros pagan mucho más y contentos. Yo he de mantener mi pequeña comunidad y todo cuesta dinero. Hay gente que piensa que sólo los bienes materiales tangibles, inmobiliarios o mobiliarios, merecen ser pagados con buen dinero.

—No, yo no creo eso, pero…

—Señora, yo no tendría que darle más explicaciones y sí en cambio pedirle que se marche, pero como creo que tiene usted muchas posibilidades de conseguir lo que desea, le haré una pregunta.

—¿Cuál?

—¿Cree que un Picasso o un Van Gogh, me refiero a sus cuadros, valen el dinero que se pide por ellos?

—Pues, no sé, pero si los pagan en las subastas…

—Exactamente, vale aquello que se hace cotizar. Otros autores pintarán óleos del mismo tamaño con motivos semejantes y no se pagará por ellos más de cincuenta francos, si es que consiguen que alguien los compre.

—Comprendo, usted es de los brujos caros.

—Si quiere llamarme así…

—Antes dígame por qué cree que yo tengo posibilidades de averiguar dónde está mi hijo.

—Por favor, señora, no busque aquí explicación racional a todo lo que yo le diga porque no la hay. Esto no es una comisaría de policía ni el despacho de un investigador privado, tampoco un gabinete técnico de investigaciones científicas. Esto es la mansión del Sabedor y aquí no hay explicación lógica para nada. Usted quiere saber algo y es posible que aquí encuentre la respuesta.

—Bien, acepto sus reglas.

Abrió el bolso y sacó su talonario de cheques. El Sabedor la miró con cierto recelo. Poniendo su manaza sobre la mesa, puntualizó:

—Prefiero el dinero en billetes, es por comodidad. Gordo como estoy me resulta molesto desplazarme por la ciudad.

—Es que yo no tengo ese dinero suelto, sería incapaz de llevarlo encima.

—Está bien, haré una concesión. Extienda el cheque al portador y mañana por la mañana telefonee al banco dando la referencia del cheque y ordenando que lo paguen. Espero que tenga fondos, señora Gavin. Sería muy molesto para mí tener que tomar medidas desagradables.

Hay fondos, no se preocupe. Lo pondré al portador.

El Sabedor tomó el cheque entre sus dedos y lo leyó. Lo dobló y se lo guardó en un bolsillo de la túnica que vestía, una túnica negra repleta de pequeños círculos de fuego bordados.

—Ahora, señora Gavin, comenzaremos la búsqueda. De no haber sido usted la madre, le habría pedido que me trajera una prenda de su hijo desaparecido, pero estando usted presente, estoy seguro de que se entregará de lleno a la búsqueda y no pondrá objeciones, de modo que acompañe a mis discípulas y desnúdese.

—¿Qué?

—No tema, es para seguir el ritual. Usted se desnudará para vestir el hábito de las hijas del Protegido.

—¿Es necesario eso?

—Señora, ya que ha pagado, no ponga objeciones y participe en el ritual. Entréguese completamente, no ofrezca resistencia. Lo que yo pretendo es que sea usted misma quien encuentre a su hijo.

—¿Yo, de qué forma?

—Ya lo irá viendo si sigue mis instrucciones.

La señora Gavin, ansiosa por averiguar el paradero de su hijo Paul, obedeció las indicaciones que le dieron.

Se despojó de las ropas que llevaba y vistió el hábito de las hijas del Sabedor. Caminando entre cuatro de ellas, subió por una escalera en espiral hasta un distribuidor donde volvió a encontrarse con el Sabedor.

Alto, alucinantemente voluminoso, la túnica lo hacía aún más obeso. Su cabeza afeitada y morena como toda su piel estaba coronada por un aro de oro que imitaba el círculo de fuego símbolo

de aquella pequeña secta constituida por el Sabedor y sus discípulas que la señora Gavin ignoraba cuántas eran, pero que no parecían estar sufriendo, una corte de jóvenes y hermosas mujeres blancas alrededor de un gigantesco y gordo brujo negro, porque para la señora Gavin, el Sabedor era un brujo sin lugar a dudas, un brujo real y no un falsario.

—Señora Gavin, ahora va a tener que obedecerme. Yo dormiré su pensamiento, lo que los blancos llaman racionalidad. Dejaré su mente libre y su espíritu escapará de su cuerpo para buscar a su hijo.

—¿Que mi espíritu abandonará mi cuerpo?

—Así es. Algunos utilizan la fórmula de Invocar a los buscados, sean muertos o vivos, pero eso no siempre sale bien. Yo la enviaré a usted a donde él está, usted lo buscará y lo encontrará porque es su madre. Cuando esté en el espacio entre multitudes de espíritus, no tenga miedo por muy horribles que los vea. Usted busque, busque y llame a su hijo, llámelo a gritos. Cuando lo encuentre, fíjese en donde está y regrese. Atiéndame bien, regrese, porque si no lo hace a tiempo, su espíritu quedará perdido entre los espíritus de los muertos y su cuerpo será un vegetal sin alma. ¿Ha visto usted en los manicomios como quedan algunos seres? No piensan, ni se mueven. Los llaman catatónicos, pero yo le hago saber que simplemente son seres que han perdido su espíritu. Usted no querrá acabar así, ¿verdad?

—No, claro que no. Creo que debo ser sincera y decirle que tengo miedo.

Sé que es arriesgado lo que usted va a llevar a cabo. Mientras su espíritu abandone su cuerpo a la búsqueda de su hijo desaparecido, mis discípulas cantarán. Usted las oirá en todo momento y será como un cordón al que deberá agarrarse para no perderse en el tenebroso mundo de los espíritus. Usted se dará cuenta de cuando ellas terminan su canto y al final del mismo, yo lanzaré una invocación que será como un largo grito. Entonces, usted despertará. Si su espíritu ha regresado, todo habrá ido bien. Si no lo ha hecho, lo lamentaré por usted.

—¿Cuándo despierte ya sabré donde está mi hijo?

—En principio no se acordará de nada, pero su mente, su espíritu sí lo sabrá y en un momento determinado que ahora no

quiero adelantarle, lo recordará y podrá ir a su encuentro.

—¿Y todos los espíritus con los que me voy a encontrar son de muertos?

—No, pero la mayoría sí son de seres muertos, por eso la búsqueda se hace por la noche.

—No entiendo.

—Muy fácil, señora Gavin. Durante la noche, la mayor parte de los seres vivos duermen y es en el sueño cuando con más facilidad los espíritus de los vivos escapan de sus cuerpos sin saberlo y viven aventuras y emociones que luego recuerdan o no.

—Eso son simplemente sueños.

—No siempre, señora Gavin, no siempre —le rectificó el voluminoso brujo negro mostrándole sus grandes dientes blancos—. En lugares muy distintos se ha visto a personas que estaban durmiendo tranquilamente en sus camas, claro que usted es libre de creerlo o no. Ellas —señaló a las jóvenes y bellas monjas de la secta —, me creen. No me agrada dar tantas explicaciones, normalmente no lo hago, pero la veo a usted tan asustada, tan cargada de nerviosismo, de energía negativa como dice la ciencia de los blancos, que temo que no sea usted capaz de entregarse totalmente a la ceremonia de búsqueda.

—Estoy preparada, puedo dominarme.

—Deme sus manos y vea lo que vea, no tema, ningún espíritu podrá hacerle nada porque viajará usted bajo mi protección. Ya no siente usted frío, está tranquila porque pronto verá a su hijo desaparecido.

El brujo negro sacó un pequeño sonajero de su bolsillo y comenzó a agitarlo por delante del rostro de la señora Gavin y después cerca de sus oídos.

—Duérmase, duérmase, duérmase…

—Abrid la puerta —exigió el Sabedor.

Dos de sus acolitas abrieron una puerta de doble hoja que daba a una amplia terraza circular encerrada dentro de la propia casa. Encima de ellos estaba la luna y las estrellas. Hacía frío, pero la señora Gavin no lo sentía. En el centro de la terraza había un taburete medianamente alto y hacia él condujo el brujo a la señora Gavin.

—Siéntese. Ahora le vendaré los ojos y dormirá usted

profundamente. Cuando comience el canto de mis discípulas, su espíritu escapará de su cuerpo y encontrará a su hijo, verá como lo encuentra. Abandone todos los temores, estará protegida por el círculo mágico del fuego y los malos espíritus nada podrán contra usted. El único peligro es que no regrese a tiempo.

El brujo le cubrió los ojos con la venda negra. Salió luego del círculo que había marcado con un surco alrededor del taburete y con un gesto de su mano hizo que el círculo se llenara de fuego. No eran llamas altas ni peligrosas para la mujer, pero la encerraban.

El Sabedor lanzó un prolongado grito y las discípulas del voluminoso brujo comenzaron a cantar a coro aunque nada sincronizadas. Sobre ellos, la luna y las estrellas, el frío, la inmensidad, bandas de espíritus errantes según afirmaba aquel brujo llegado de Centroamérica e instalado en París.

# CAPÍTULO IV

—¿De dónde eres? —preguntó Madeleine con la voz agradable, sensual y algo lenta que la caracterizaba, capaz de atraer el interés de los noctámbulos solitarios que por casualidad habían sintonizado Radio París Internacional.

—De Limoges.

—¿Llamas de tan lejos?

—No, estoy en París —dijo la voz masculina que podía pertenecer a alguien todavía muy joven.

—Magnífico, bien llegado a «Entre sábanas». Y ahora, ¿qué me dices?

—Que te amo.

—Por favor —pidió bajando el tono de su voz y acercó sus labios al micrófono dando mayor sensualidad a sus palabras.

—¿Es que no te gusta que te digan que te aman?

—Sí, pero…

—¿Pero qué?

—Pues, que me aturdes.

—Me gustaría poder aturdirte del todo.

—¿Sí, y para qué?

—Te lo puedes imaginar —replicó la voz joven y masculina mientras Valery, el técnico, hacía que toda la conversación pasara por antena como era habitual en el programa.

—Lo siento, pero cuando estoy aturdida soy muy tonta para Imaginar.

—A las siete, cuando termines el programa, te espero.

—¿Y para qué?

—Para que no necesites imaginar.

—Lo siento, no puede ser, a las siete me transformo.

—¿Te transformas, de qué manera?

—Dejo de ser la Madeleine de «Entre sábanas» para ser…

—¿Quién?

—Oye, ¿no crees que estamos aburriendo a los pocos que nos escuchan?

—Yo pienso que se mueren de envidia.

—¿Por qué? —preguntó siempre con voz sensual, aparentemente muy sorprendida.

—Porque te estoy ligando.

—Intentarlo siempre puedes, pero yo sólo soy eso.

—¿Eso qué? —inquirió él.

—Una voz en la noche. ¿Crees que se puede ligar una voz en la noche?

—Tu voz pone en «presenten armas» a más tíos que pelos tienes en la cabeza.

—¿Presenten armas, es que estás en el ejército?

—Estoy presentando armas y te esperaré a las siete.

—Mejor no pierdas el tiempo. La noche es bruja, luego el día, el día es otra cosa. Mira, para despedirte te voy a recitar un poema…

Madeleine recitó un poema de Mallarmé y luego entró la música. Cuando ella sintió que su micrófono estaba cerrado, suspiró.

—Un día vas a tener cola en la puerta de la emisora —le dijo su compañero Raimond—. A veces resulta difícil —admitió la joven—. Quieres marcar un camino en el diálogo pero te lo marcan ellos y tampoco soy de piedra.

—No me digas que te calientas…

—¿Y a ti qué te Importa?

El piloto rojo les advirtió que de nuevo entraban en antena mientras la música bajaba de volumen.

—Qué suerte tenéis, hijos de buena madre —dijo Madeleine—. Vosotros ahí, calentitos entre sábanas, y Raimond y yo aquí chupando micrófono.

—¡Quién fuera micrófono!

—¿Para qué, amor?

—Para que me chuparas.

—Este ingresado es un volcán de madrugada. ¿Qué vas a decirme, amor, algo nuevo? Cuéntanos lo que haces.

—¿Ahora?

—No, cuando trabajas o cuando estudias.

—Estudio.

—¿Qué?

—Medicina.

—Ah, una magnífica profesión. ¿Y a qué te dedicarás?

—A honduras.

—¿Honduras, te vas a Centroamérica?

—No, Madeleine, me haré ginecólogo.

—Aaaah, todos te entendemos. ¿Verdad, Raimond?

—Es una profesión que a mí no me gustaría —confesó Raimond, Interviniendo.

—¿Por qué no? —preguntó el radioyente que telefoneaba.

—Porque soy poco aséptico y me gusta ser más «cochon».

—Ya lo has oído, amor —dijo Madeleine— mi compañero es más cerdito que tú.

—¿Y por eso te gusta más? Pues yo puedo ser el mayor cerdo del planeta.

—¿De veras?

—Puedes estar segura.

—Vamos, Inténtalo —invitó la joven riendo.

—Groooo… groooo… groooo…

—Adiós, amor, adiós, cerdito. Un poco de música para darle fuerza.

El técnico puso música sin palabras mientras de fondo seguían oyéndose los extraños gruñidos que Imitaban a un cerdo.

Cuando concluyó la música, fue Raimond quien comenzó a hablar tratando de simpatizar con sus posibles oyentes.

—¿Es que no hay mujeres escuchando, sólo hombres que llaman a Madeleine para que los arrulle y comprenda? Chicas, chicas, ¿dónde estáis?

—Adelante con otro Ingresado —dijo Madeleine.

—Madeleine…

—Vaya, esta madrugada no tengo suerte —se lamentó Raimond.

—Es que no eres tan cariñoso como yo —le riñó la muchacha.

—Demasiado cariñosa. ¿Para qué has nacido, Madeleine, para amar o ser amada?

—¿Qué opinas tú, recién llegado a «Entre sábanas»? —preguntó

Madeleine a quien estaba al teléfono.

—Has nacido para morir. No te vas a olvidar de nosotros…

—Madeleine, parece que ése no te quería bien —opinó Raimond.

—Ése no es un hijo de buena madre sino un hijo de perra y si quieren despedirme por lo que he dicho, que lo hagan.

Raimond, viendo la crispación de su compañera y directora del programa, sin importarle que su pregunta y luego la respuesta salieran por antena, Inquirió:

—Si, debe ser uno de esos salvajes de la noto que por la noche van con cadenas rompiendo coches y atacando a las mujeres. Son unos hijos de perra, pero el comisario Villiers está tras ellos y cuando los encuentre, quedarán bien encerrados y podrán escuchar el programa desde la prisión, claro que entonces no podrán telefonear para soltar estupideces.

—Comisario Villiers, si no está escuchando el programa, seguro que alguien se lo va a contar, tiene que arrestar a esos salvajes de la roto. Todos los oyentes de «Entre sábanas» se lo agradecerán.

Valery, el técnico, hizo una señal con la mano y puso en marcha uno de los platos de discos. Comenzó a oírse el musical «*Thriller*» de Michael Jackson.

—Si quieres irte, ya terminaré yo el programa —se ofreció Raimond a micrófono cerrado, cogiendo su mano para transmitirle confianza.

—No, no. Soy una profesional y no puedo asustarme como una niña. Esos malditos que me acosan han de terminar en la cárcel, lo que no sé es qué hace la policía, ya podían haberlos arrestado.

—No es fácil. París es muy grande y su área de influencia, inmensa, ya lo sabes, por eso tenemos tanta audiencia. A lo mejor, esos salvajes de las motos están escondidos durante un tiempo y por eso a la policía le es más difícil localizarlos.

—No parece que estén muy escondidos cuando no paran de llamarme lanzándome amenazas.

—Eso se puede hacer desde cualquier teléfono público y luego, corren a esconderse. También hay hombres o Jóvenes que durante el día parecen muy honorables y durante la noche se transforman en fieras.

—Ya, como el Dr. Jekyll y *Mr*. Hyde, la esquizofrenia de los malditos, pero no me obligarán a esconderme bajo la cama.

—Mira, Valery nos Indica que el disco termina y que hay llamada telefónica.

—¿Cómo van esos revolcones? A ver si alguien se anima y nos cuenta cómo ha sido el revolcón con su pareja. ¿Te gustaría oír esa historia, Raimond?

—Claro, y seguro que también nuestros radioescuchas, pero acabarán diciendo que esto es Radio Porno.

—Aquí no hacemos radio porno sino radio vida. Nos contamos experiencias sinceras, nos amamos. ¡Qué a gusto se está «Entre sábanas»!

—Atiendo yo la llamada de nuestro nuevo ingresado. ¿Quién es?

—Puedes llamarme el muerto.

—Vaya, otro gracioso —gruñó Raimond—. Hay días en que la mala suerte nos persigue. ¿Por qué habrá tipos tan fúnebres? ¿Estará nuestro ingresado durmiendo en el cementerio? Valery, algo de música con marcha para quitarnos el mal sabor de boca.

Valery asintió con la cabeza y puso música vibrante en el programa.

Madeleine no solía fumar, pero encendió un cigarrillo y notó que su mano temblaba.

Raimond miró el pitillo que se movía con el temblor de la mano femenina.

—Será mejor que vayas al bar y tomes algo. Lo ocurrido aún está muy reciente.

—¡Son unos hijos de perra, son ellos, ellos! ¿Qué diablos hace la policía, para qué les pagamos si no nos protegen?

—No conviene que tus quejas salgan por antena. Verás como todo pasa y ellos se cansan.

Madeleine no le oía. Fumaba nerviosamente, ensimismada en sus preocupaciones.

—¡François! —exclamó Madeleine, sorprendida al salir aquella mañana del edificio de Radio París Internacional.

—¿Cómo te encuentras?

—No muy bien, tengo que descansar.

—He oído tu programa y por eso estoy aquí, imaginaba que tendrías problemas.

Madeleine miró fijamente los ojos claros de François. Le parecían ojos sinceros, protectores, ojos en los que deseaba

adormilarse para sentirse segura. Sus nervios estaban a punto de estallar.

—Gracias por venir, François.

—He temido que hubiera un montón de tipos esperándote.

—A veces aparece alguno, pero a los más les gusta quedarse entre sábanas o a estas horas ya están camino de sus trabajos, lo de la radio sólo es un juego.

—Tengo mi coche cerca y un apartamento a algo más de diez kilómetros de aquí. SI no hay mucho tráfico, podemos llegar en media hora.

—¿A tu apartamento?

—Sí. No pienses mal, simplemente he pensado que allí no te va a localizar nadie. Yo he de salir esta mañana por unos asuntos profesionales, nadie te va a molestar.

—De acuerdo. Llévame a descansar, me hace falta.

Echó a andar junto a François Gavin cuando el cielo iba tintándose cada vez más de gris oscuro pese a que el día apenas estaba naciendo.

## CAPÍTULO V

—¿Por qué miras tanto hacia atrás? —preguntó François que trataba de abrirse paso entre el asfixiante tráfico de la ciudad.

—Tengo la sensación de que me siguen —respondió Madeleine.

Mientras cambiaba de carril en dirección al Bois de Boulogne, François dio un vistazo al retrovisor.

—Tranquilízate, en la circulación de París nos seguimos todos unos a otros durante todo el día. No hay forma de escapar a esta horrible trampa que hemos inventado y que se llama tráfico.

François puso la cassette en marcha con música de Vivaldi que alegró el pequeño habitáculo del automóvil. Sin embargo, a Intervalos, Madeleine daba vistazos a través de las ventanillas. No podía alejar de su mente el sentimiento, la impresión de hallarse acosada.

Las continuas llamadas a la emisora le estaban rompiendo los nervios. Raimond le había sugerido que pidiera unas vacaciones, que él conduciría el programa hasta su regreso, unas vacaciones en las que tendría tiempo de olvidar el desagradable ataque nocturno del que fuera objeto, y los salvajes de la moto también la olvidarían a ella.

El apartamento de François Gavin no era muy grande pero sí daba sensación de espacio.

La sala tendría cinco por ocho pasos y una pared que era en sí misma todo un cristal, miraba al parque ajardinado. Una cortina de raso verde claro permitía aislarse del exterior. Había una diminuta cocina americana y un cuarto de baño completo junto al dormitorio amplio con una cama igualmente ancha y un pequeño despacho en el que François pasaba horas nocturnas.

—Es agradable, aquí una se siente muy bien —opinó Madeleine.

—Toma posesión de él, yo voy a Irme.

—No me he traído ropa.

—Si confías en mí, puedes dormir desnuda. Las sábanas están recién cambiadas. En el frigorífico encontrarás lo que quieras dentro de un límite, claro.

—Muy amable. ¿Siempre vives solo? —preguntó, lanzándole una mirada de reojo.

—No voy a negarte que he traído algunas conocidas.

—¿Distintas o alguna de fija? —Insistió sin mirarle, acercándose al gran cristal desde el que podían verse árboles y setos bien cuidados, dando la impresión de que estaban volcados a la naturaleza.

—Tienes deformación profesional. Lo mismo que preguntas por teléfono en tu programa, preguntas también en tu vida fuera de la radio.

—Es posible, soy una tonta y sí hago demasiadas preguntas. Por cierto, una más y no te molestes… —Sonrió como pidiendo ser perdonada—. ¿Tu madre vive sola?

—Si, desde que mi hermano desapareció. Yo hace algunos años que me independicé, Paul se quedó con mamá, él es el pequeño. Ella soporta muy mal su desaparición.

—¿Y no tendría Paul algún motivo oculto para desaparecer de la circulación?

—Si ese motivo era muy oculto, no lo sé, es cierto que nadie sospechoso ha venido buscándolo por casa. Es una desaparición estúpida en mi opinión, pero la policía dice que mucha gente desaparece.

—Sí, eso ya lo sé. Algunos simplemente cambian de vida y no quieren saber nada más de su pasado. Se van a otros países o se alistan sabe Dios en qué ejército mercenario.

—Sí, a los jóvenes es fácil embaucarlos con historias de ejércitos, banderas e Ideologías sectarias. Son utilizados y en muchas ocasiones desaparecen para siempre. No sabemos que Paul formara parte de ninguna secta extraña; sin embargo, ahora tenemos más esperanzas de encontrarlo.

—¿Por lo de la documentación falsa?

—Sí. Si llegan a identificar a ese joven que murió en la moto y se sabe algo más acerca de sus fechorías, podemos llegar a

averiguar algo sobre Paul.

—Discúlpame, no tienes que darme explicaciones. El chico que murió no era tu hermano y tú no tienes ningún problema conmigo. Mucho te agradezco tu hospitalidad, sé que aquí podré dormir más tranquila mientras hago cambiar el número de teléfono de mi apartamento para que no me molesten como está ocurriendo ahora.

—Bien, te dejo, no volveré hasta las cuatro de la tarde.

El baño estaba decorado con losetas de color verde claro con adornos al fuego en dorado.

La amplia y larga bañera se llenó rápidamente y Madeleine se deslizó dentro de ella utilizando generosamente las sales de baño.

El agua estaba más caliente de lo que la joven solfa utilizar y notó el calor en todo su cuerpo. Un principio de jaqueca que tenía desapareció.

Captó que en aquel apartamento ella se sentiría a gusto. No sólo era el baño sino su contenido, su sencilla pero grata decoración, una decoración *post*-moderna con un retorno a las materias naturales como eran las maderas nobles y la piel en los sofás y butacas.

Allí olía a François, un hombre desconocido para ella hasta poco tiempo antes. Sentía el magnetismo que emanaba de él y que en ocasiones le proporcionaba tranquilidad y en otras, el estremecimiento que una mujer deseaba sentir al hallarse junto al hombre que ama.

«¿Le gustaré yo?», se preguntó.

Instintivamente, se cogió con ambas manos los pechos que emergían del nivel del agua como dos redondas islas culminadas por hermosos y largos pezones que casi parecían diminutos falos.

Calibraba sus dimensiones, su cálida turgencia, como si los descubriera en aquellos momentos, cuando tantas y tantas veces se los había visto frente al espejo y en mejor posición para observar su volumen.

Ahora, con los ojos semicerrados, pensaba en François y se preguntó cómo se los acariciaría él.

El vaho casi la aturdió. Se sumergió en una agradable somnolencia olvidando las tensiones, su programa de «Entre sábanas». Se sentía a medio camino entre la relajación y el bienestar de hallarse como dentro de la bolsa amniótica en el claustro materno y la entrega completa y sensual al calor y a las sensaciones

físicas, sin inhibición alguna.

Le hubiera gustado que los brazos de Francis tomaran su cuerpo sacándola de la bañera para llevársela adonde quisiera para gozar y hacerla gozar como él deseara, entregada totalmente a las ansias y caprichos del hombre.

Se secó el cuerpo y se deslizó entre las sábanas limpias y perfumadas. No tenía frío ni calor. Los ojos se le habían cerrado y su cuerpo, instintivamente, cambiaba de postura, encogía las rodillas, estiraba las piernas o daba la vuelta.

Se durmió sin darse cuenta, mientras la ciudad bullía en el trabajo matinal, mientras millares de turistas se repartían visitando la *Tour* Eiffel, Notre Dame o el monstruosamente grande y rico Museo del Louvre.

Un ruido fuerte y seco la despertó.

Parpadeó y miró alrededor. Apenas había luz dentro de la alcoba, una alcoba que no identificaba. Su mente, todavía somnolienta por haber sido despertada violentamente, no identificó la estancia hasta que vio aparecer por la puerta a tres hombres que parecían invasores alienígenas.

Vestían de cuero negro con abundancia de herrajes y sus cabezas se hallaban ocultas y bien protegidas dentro de los cascos de motorista con viseras de plástico oscuro para sus caras.

—Si gritas, te pinchamos —advirtió uno haciendo saltar la hoja puntiaguda de su navaja automática. Los otros dos le imitaron mostrando sendas navajas amenazadoras.

Madeleine sintió su desnudez entre las sábanas, cobró conciencia de que se hallaba indefensa frente a aquellos salvajes. Se subió el embozo de la sábana hasta el cuello como para así protegerse mejor.

Los tres intrusos avanzaron. Uno se quedó a los pies del lecho y los otros dos se colocaron a derecha e izquierda de Madeleine, sentándose sobre la colcha y las sábanas de manera que la joven quedaba atrapada dentro de la cama sin apenas poder moverse.

—De modo que eres una chica famosa —dijo uno con voz algo fina mientras le acercaba la hoja de la navaja a la mejilla.

Madeleine se estremeció de miedo, al borde del gemido.

—Mataste a nuestro amigo Marcel —gruñó el que se hallaba en el lado opuesto de la cama, pasando la hoja de su navaja por

encima de la colcha, marcando el surco entre los senos femeninos y deslizándola hacia el vientre, sádica y amenazadoramente.

—Yo no lo maté —replicó la muchacha tratando de contener su miedo.

—¿Qué crees que podemos hacerte para que pagues lo que hiciste? —preguntó el que se hallaba al pie de la cama y que tenía la voz más gruesa, más rota de los tres. Sus compinches sonrieron siniestramente bajo los cascos.

—¡Yo no he hecho nada! —siguió replicando.

Trataba de no encolerizarlos, de no provocarlos porque ello le podía traer pésimas consecuencias. ¿Qué podía hacer sola y desnuda entre las sábanas, rodeada por aquellos tres salvajes vestidos de cuero, con botas y cascos y, por si fuera poco, armados con navajas?

—Podríamos divertirnos contigo —rezongó el que estaba a su derecha.

—Sería toda una gozada —se apresuró a corroborar el que se hallaba a su izquierda. Tiró del embozo de la sábana para destaparla y dijo riendo—: A ver, a ver cómo estás…

—¡Nooo!

—Ya ves, somos tres y lo pasarías fenómeno, lo recordarías durante mucho tiempo, seguro —fue diciendo el que permanecía al pie de la cama y que tenía la voz más rota de los tres.

—Mete las manos dentro —ordenó otro.

Como que Madeleine no obedecía, le acercó la navaja al cuello y comenzó a presionar hasta que, con gesto de terror, la joven obedeció.

—¿Qué queréis de raí? —musitó, sabiendo que no podía escapar de aquella situación, que estaba completamente Indefensa.

Estiró los brazos dentro de la cama y entonces ellos acercaron el embozo a su cuello y estiraron la ropa de forma que quedaba sujeta por la colcha y la sábana. Luego, los dos Indeseables se sentaron a ambos lados de la mujer y de este modo ella quedó inmovilizada. No podía escapar, estaba como dentro de una camisa de fuerza.

—Voy a ver que hay para beber —dijo el de la voz rota mientras, sus dos colegas mantenían las ropas de la cama tensas sobre el cuerpo femenino.

Aquel tipo regresó con una botella de armagnac que debía

pertenecer al bar de François. No se levantó el protector plástico del rostro para beber y sí trepó a la cama como para subirle sobre la inmovilizada Madeleine mientras los otros dos reían.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó la mujer tratando de descubrir alguna respuesta a través de las viseras plásticas que le impedían ver bien los rostros, aunque era seguro que el de la voz rota llevaba un frondoso y largo bigote—. Marchaos, dejadme en paz, no os denunciaré.

—¿Habéis oído? ¡Dice que no nos denunciará!

Descorchó la botella de licor y alzó ligeramente su visera. Acercó el gollete de la botella a sus labios y bebió, opinando:

—Inmejorable. ¿No te ha invitado tu amigo?

—¡El no es como vosotros! ¡El, él…!

—¿Es maricón?

—¡No me hagáis beber, no quiero!

—Tú vas a beber porque nosotros lo queremos. —Con dos dedos pinzó la nariz de la joven hasta obligarla a abrir la boca para respirar.

Entonces, le puso la botella en la boca y le hizo tragar el licor. Madeleine trataba de no beber, pero no podía respirar y necesitaba abrir la boca.

El tipo de la botella sacó entonces un frasco de pastillas que introdujo en la boca femenina. Le cerró la boca y tapándole la nariz, la obligó a tragar.

Pese a los esfuerzos de Madeleine por liberarse, por escupir aquello que le hacían tragar y que sin duda era droga, le pusieron de nuevo la botella en los labios para que siguiera bebiendo.

Comenzó a marearse, su resistencia cedió y tragó la fuerte bebida alcohólica cuando ya le habían hecho ingerir las pastillas.

—Podéis soltar la ropa —dijo el tipo de la botella. Sacó un pañuelo y limpió las posibles huellas que pudiera haber en el casco de cristal. Tomó el brazo ya inerte de Madeleine, cogió su mano y la puso alrededor de la botella hasta dejarla caer en la cama.

La mente de la mujer se había embotado. Veía a sus tres atacantes como si fueran alienígenas monstruosos que reían al otro lado de un cristal mientras ella estaba dentro de un acuario.

—Vas a morir, encanto, te vas a morir en medio de una flipada impresionante. Será un follón mental, luego nada, verás cómo no es

tan malo. Mañana hablarán de ti en la radio y dirán que no has podido resistir más la tensión y te has suicidado como Marilyn Monroe. Te encontrarán en la cama, atiborrada de pastillas y buen armagnac para remojarlas.

—¡Hijos de perra! —rugió de pronto una voz inesperada en el umbral de la puerta de la alcoba.

—¡El chulo! —rugió uno de los canallas.

Otro masculló:

—¡A por él!

Con las hojas de acero de las navajas por delante, fueron contra François Gavin mientras Madeleine se sumía en un profundo sueño antesala de la muerte por sobredosis de droga mezclada con gran cantidad de alcohol.

A contraluz no pudieron verlo, pero François empuñaba una pistola automática que comenzó a vomitar plomo y fuego.

Las detonaciones sonaron rápidas, secas, la alcoba se llenó de olor acre.

Hubo gruñidos de dolor, un grito ahogado y los tres hombres se derrumbaron alrededor de la cama en la que Madeleine se entregaba en brazos de la muerte.

La sangre de los salvajes de la moto fue tiñendo la moqueta mientras François arrojaba la pistola caliente y vacía, porque al apretar el gatillo, lo había hecho hasta que el percutor golpeó en vacío tras quemar todos los cartuchos.

# CAPÍTULO VI

Los ojos del psiquiatra eran fríos a través de los gruesos cristales de miope. François Gavin, al otro lado de la amplia mesa escritorio, ofrecía un semblante serio, grave pero sin vacilaciones.

—Créame, lo mejor es que la interne en un sanatorio.

—En un manicomio, no —replicó contundente François Gavin.

—Ahora no empleamos esa palabra de «manicomio». No se trata de enviar a su madre a una loquería como se diría vulgarmente.

—Me está pidiendo que la encierre.

—Usted, en sus condiciones, no va a poder cuidarla. Su madre está catatónica.

—¿Como un vegetal?

—Más o menos. No está en coma, no es un ser postrado en una cama que espera la muerte ya con el electroencefalograma plano, no es eso, pero ya no reacciona a los estímulos y la ciencia aún tiene que investigar mucho para poder resolver estas situaciones.

—Ella puede estar pensando. Como usted dice, no tiene un electroencefalograma plano.

—Existe una desconexión entre su cerebro y el resto del cuerpo, aunque no en las funciones motoras, por eso puede estar sentada y ser trasladada en una silla de ruedas, pero no responderá a ningún estímulo. Usted pensará que le está mirando, pero no le verá a usted, sino a cuanto ocurra dentro de su mente. Créame, es mejor que…

—Puedo poner a alguien a su cuidado. Ella deseaba estar en su casa.

—No es lo más adecuado. Su madre fue encontrada en la calle frente a su casa, pero ya en ese estado catatónico en el que se halla. Desde aquel momento, ya no se ha enterado de nada.

—¿Qué pudo ocurrirle? —Inquirió François.

—No lo sabemos y ella, por ahora, no puede contarnos nada. Le advierto que si desea mantenerla en su casa al cuidado de una enfermera especializada va a ser muy costoso para usted. Además, en esta situación, tendrá que costear la visita del psiquiatra cada día hasta ver si consigue hacerla reaccionar y arrancarla de ese estado.

—¿Es irreversible?

—Es pronto para decirlo. Es un caso demasiado reciente y no tenemos nada de su historial. Son procedimientos largos y costosos.

—La dejaré en su casa hasta gastar el último franco.

—Es su decisión, señor Gavin, a la que no puedo oponerme. Lo que si le aseguro es que se hará por ella todo lo que se pueda.

—Eso espero. Mamá todavía no es ninguna anciana.

François se levantó y tendió su mano al psiquiatra como despedida. Cuando salló de la consulta, sus ojos reflejaron más inquietud.

Fue al estacionamiento, tomó su automóvil y se dirigió al hospital.

Dentro de la cama, Madeleine se veía muy pálida. La habitación estaba llena de ramos de flores. Una enfermera no ponía demasiado empeño en su misión de desalojar a los reporteros de la radio, la prensa escrita y también la televisión.

—¿Por qué no se largan y la dejan descansar? —Gruñó François.

—Eh, ¿y tú quién eres? —preguntó uno de los reporteros que allí cumplían su misión entrevistando a su colega.

Otro exclamó:

—¡Es el salvador de Madeleine!

Los «*flashes*» volvieron a relampaguear y la cámara de televisión enfocó a François Gavin.

—¿Qué opina de la justicia francesa? —le preguntó uno de los periodistas.

—Ahora no, por favor, ahora no —pidió Gavin, molesto.

—Por favor, desalojen, ya ha pasado el tiempo —dijo la enfermera tras la cual se habían colocado dos médicos.

—¿Luego nos da una entrevista? —preguntaron a François Gavin.

—No puedo hacer declaraciones, el caso está *sub judice* —respondió el joven.

—Usted también deberá abandonar la habitación —dijo la enfermera a François cuando ya sólo él quedaba junto a la cama.

La propia Madeleine pidió:

—Por favor, deje que se quede.

Cuando la enfermera se volvió buscando el asentimiento de los médicos, éstos ya se habían ido. Terminó por encogerse de hombros y retirarse discretamente.

—Te has convertido en una auténtica protagonista.

—Si no llega a ser por ti, ahora estaría muerta.

—Fue una suerte que tuviera que regresar al apartamento. Acababan de comunicarme que mi madre estaba muy enferma.

—¿Muy grave?

—La desaparición de Paul la puso muy nerviosa y entró en depresión. No creí que fuera tan grave, pero el reconocimiento de aquel joven muerto que llevaba la documentación de mi hermano la ha roto por completo y ahora es un problema de psiquiatra.

—Lo siento.

—Más lo siento yo. Fuiste atacada en mi propio apartamento.

—Ya te dije que nos seguían.

—Yo no vi nada anormal. Menos mal que llegué a tiempo de salvarte.

—Y el juez, ¿qué ha dicho?

—Libertad sin fianza. No habrá problema.

Ellos tres tenían las navajas dispuestas, estaban en mi apartamento, habían violentado la puerta y te estaban asesinando. Se impone la legítima defensa y ayuda a un semejante.

No sé como irá en términos legales, pero mi abogado es optimista.

—Esos salvajes querían matarme, tú lo impediste a tiros.

François Gavin se sentó en el borde de la cama. Cogiéndole una de las manos, confesó:

—No estoy orgulloso de lo que hice, pero al ver como estabas y en mi propio apartamento, se me cruzaron los circuitos y empecé a disparar lleno de rabia.

—Ellos te hubieran asesinado con sus navajas de no haber disparado tú.

—Sí, seguro —admitió François—. Todo este asunto se ha puesto muy desagradable.

—Sí, lo es, pero la pesadilla ha terminado —dijo Madeleine que en el lecho del hospital se recuperaba de la aguda intoxicación por droga de la que se había salvado gradas a la rapidez con que François la trasladara al hospital.

—Ya han muerto los cuatro salvajes de la moto, pero la policía quería saber más de ellos y hubiera sido bueno, porque ahora quizás sabríamos dónde está mi hermano y cómo consiguieron su documentación para hacerse pasar por él.

—Le robarían.

—Sí, eso pensamos todos.

Madeleine trataba de levantar el ánimo de François que se veía agobiado por los problemas. Había evitado contarle a la muchacha la verdadera situación de su madre.

—Bien, ¿cuándo saldrás de aquí?

—Muy pronto, mañana o pasado. No sufrí heridas, sólo una grave intoxicación que me hubiera llevado a la tumba, pero no tenía depresión alguna, no soy una suicida como ellos pretendían hacer creer. Yo quiero vivir, François, quiero vivir.

—Vivirás y triunfarás en tu programa.

Mientras se miraban a los ojos, transmitiéndose algo más, mucho más que una amistad, se abrió la puerta de la habitación y apareció Raimond portando en su mano una gran caja de bombones.

—Hola, Madeleine.

—¡Raimond!

—Lo siento, creí que estabas sola. Te traía esta caja.

—Acércate.

François y Raimond se miraron. Ambos se sabían rivales por el amor de Madeleine. Raimond creía conocerla mucho mejor, por ello temía más la presencia del recién llegado, un intruso en la profesión.

—Si molesto…

—No, claro que no molestas, Raimond. Has de contarme muchas cosas.

—En ese caso, soy yo el que se va —dijo François.

A Raimond le pareció que el cielo se abría para él y se apresuró a decir:

—Hemos cambiado de técnico en el programa. Estás recibiendo montones de llamadas, los teléfonos queman.

—¿Cambiado de técnico, te refieres a Valery?

—Sí.

—¿Qué ha pasado con él, ha pedido el traslado?

—No, lo han despedido. —¿Despedido, por qué?

—La policía estuvo en los estudios. En ocasiones, uno piensa que la policía no hace nada y luego resulta que te han estado observando desde la oscuridad.

—Pero ¿qué ha ocurrido? Explícate de una condenada vez —pidió Madeleine ansiosa.

—La policía pidió las cintas de los últimos programas emitidos, estuvo cotejándolas y llegó a la conclusión de que quien llevaba a cabo trucos de llamadas falsas era Valery.

—¿Trucos de llamadas falsas?

—Sí. ¿Te acuerdas de aquella voz «soy el muerto»?

—Sí, claro.

—Valery tenía esa voz grabada en cinta y te la pasaba por antena. Hemos podido comprobar que tú hablabas pero él no contestaba a lo que tú decías: Era una grabación que Valery introducía como una llamada más y colaba.

—Pero ¿por qué lo hacía?

—Ha dicho que era una broma, que no creía que te lo fueras a tomar en serio, que sólo deseaba ayudarte en tu programa.

—¿Todo eso ha dicho?

—Sí. La policía ha denunciado el hecho al director de la

R. P. I.

y éste ha puesto a Valery de patitas en la calle.

—¿Por qué se le ocurriría semejante estupidez?

—Ya no se lo podrás preguntar, se ha ido. Para la policía, lo importante eran las amenazas de los salvajes de la moto, pero tu amigo acabó con ellos a tiros. Ésos tampoco te molestarán más.

—Dios mío, qué confusa estoy. ¿Por qué haría Valery una cosa así? ¿No se daba cuenta de que yo tenía los nervios rotos por lo sucedido?

—Él dice que quería ayudarte —repitió Raimond—, pero yo creo…

Como que la pausa se prolongaba, Madeleine inquirió apremiante, ansiosa por conocer todos los detalles:

—¿Qué es lo que crees?

—Que está enamorado de ti y no le culpo. Es muy fácil enamorarse de ti. Nos enamoramos todos los que te conocemos y los que sólo oyen tu voz.

—¡Qué tonto eres! Anda, abre la caja.

—Adiós, Madeleine, cuando salgas vendré a verte —dijo François haciendo ademán de irse.

—¿Por qué tanta prisa, François?

—He de buscar a una persona que pueda atender a mi madre, ya te he contado que está muy enferma y no se la puede dejar sola.

—No la conozco, François, pero lo siento. Que se alivie.

—Gracias.

Se inclinó sobre la joven y la besó en ambas mejillas. Hizo un leve saludo con la mano a Raimond y abandonó la estancia.

Raimond abrió la caja de bombones y se la tendió abierta a Madeleine.

—Ese hombre también está enamorado de ti.

—Eres un bobo, siempre estás pensando lo mismo.

—La verdad es que me va a resultar muy difícil desbancarlo. Te ha salvado la vida, se ha liado a tiros con esos salvajes de, la moto que querían asesinarte y así no se puede, lo verás como a un héroe.

—No tienes por qué desbancar a François ni a nadie, tú tienes tu propia personalidad y él la suya. Yo soy Ubre y no estoy sujeta a nadie, ¿lo entiendes? A nadie.

—Está claro que eres muy independiente, pero admitirás que estabas durmiendo en la cama del héroe.

—Estaba allí porque me ofreció su apartamento para que descansara en unos momentos que me hacía verdadera falta. Si iba a mi piso corría el riesgo de que me molestaran llamándome por teléfono y necesitaba dormir.

—¿Sólo dormir?

—Creo que no te debo ninguna explicación.

Sus palabras tenían un firme tono de advertencia y así lo comprendió Raimond que forzó una sonrisa. Tomó uno de los bombones y llevándoselo a la boca, lo mordió para opinar después:

—Menos mal que esto sí tiene buen sabor.

# CAPÍTULO VII

François Gavin abrió la puerta y ante él vio a una mujer de mediana estatura y mediana edad, que en todo hubiera sido una medianía de no resultar tan agradable su sonrisa, una sonrisa dulce y serena.

Aquella mujer de cabello de peluquería semanal, más rojizo de color de lo que correspondería a su estado natural, se presentó a sí misma.

—Soy Joanna Daphnie, la enfermera.

—Ah, sí, pase —la invitó François, percatándose de que los ojos castaños de aquella mujer se detenían en él más tiempo de lo normal.

No le extrañó, era consciente del efecto que causaba su rostro, su estatura, su vigorosa virilidad en muchas mujeres.

—¿Le han explicado que será un trabajo difícil? —preguntó, guiándola por la casa.

—No hay trabajo difícil si está bien remunerado, y no crea que soy demasiado materialista.

La señora Gavin estaba en su alcoba, sentada en un balancín que no se movía y encarada con la ventana por la que entraba la luz del día, pero un visillo se interponía entre ella y el mundo exterior, tamizando la intensa claridad. La mujer mantenía sus ojos cerrados.

La enfermera miró a la señora Gavin con actitud profesional durante unos instantes.

Luego confesó:

—Me han dicho que está catatónica.

—Eso parece —admitió François.

—¿Irreversible?

—Por favor, señorita Daphnie.

—Llámeme Joanna, le será más fácil. Es posible que pase mucho tiempo cuidando a su madre.

—De acuerdo, Joanna, pero le agradeceré que tenga cuidado con las palabras.

—Si lo que teme es que nos oiga, lo siento, pero tal como está no nos oye.

—De eso no estoy nada seguro —objetó François, molesto—. El que su rostro no refleje ninguna emoción no quiere decir que su mente no capte nuestras palabras.

La enfermera recién llegada comprendió que Gavin no daba su brazo a torcer y que corría el riesgo de ser rechazada si insistía en mantener sus propias opiniones.

—Sí, claro, quién sabe lo que puede estar pensando. —Sacó un klínex del bolso y secó las comisuras de los labios de la señora Gavin, diciendo—: Le lavaré la cara, ella es ahora cosa mía. El doctor me ha comunicado que pasará por aquí cada día.

—Así es, tiene que encontrar el medio de sacarla de ese estado.

La enfermera Daphnie iba a replicar que tal cosa sería difícil, pero se mordió la lengua y se tragó las palabras. François parecía convencido de que su madre recuperaría la normalidad.

—¿Hay alguien más de familia aquí? —quiso saber la enfermera.

—No. En realidad, ella vive sola, yo vivo en un apartamento.

—Ya.

—Puede tomar una alcoba para Instalarse, la casa es grande. Si es preciso, busque a una colega suya para que la releve en el cuidado de mi madre si usted tiene que salir por cualquier causa.

—No se preocupe, nunca estará desasistida, yo me encargo de ello. No obstante, si usted va a estar en otro lugar, le rogaría que me telefonease previamente cada vez que venga a visitar a su madre.

—¿Telefonearla previamente? —repitió Gavin extrañado.

—Reconozca que he de pasar muchas horas aquí y en algunos momentos tendré que ponerme cómoda, incluso echar una cabezada. En el hospital los horarios son mucho más cortos, aquí la dedicación es completa —lo tendré en cuenta— aceptó. —En cuanto a lo económico, llegaremos a un acuerdo, pero si no fuera así, no es problema, hay otras enfermeras para hacer este trabajo.

—Sí, claro —aceptó Joanna dándose cuenta de que no sería

bueno abusar en sus pretensiones económicas, pues corría el riesgo de perder un empleo que le parecía iba a ser prolongado, habida cuenta del estado en que se hallaba la enferma. Por otra parte, como mujer, estaba muy interesada en François Gavin y si los contactos entre ellos se prolongaban, ¿quién sabe?

Como si el hombre intuyera la pregunta que Joanna se había hecho mentalmente, la miró con fijeza a los ojos. Ella tuvo sensación de rubor y cambió su rostro de posición para no ser escrutada.

A solas en la salita y a la luz de una lámpara de pie con amplia pantalla que daba sensación de solidez, François repasaba un libro técnico de su profesión de ingeniero. De reojo, observaba el ir y venir de la enfermera.

François estaba seguro de que su madre volvería a la normalidad mental pese a que ni el propio psiquiatra acertaba a explicar por qué había caído en aquel estado catatónico que en otras personas ya se consideraba irreversible.

Sonó el teléfono que tenía en la mesita de centro y lo descolgó mecánicamente, sin mirarlo siquiera. En su niñez y en su juventud había pasado muchas horas en aquel lugar repasando los libros de la universidad.

—¿Sí?

Una voz de hombre, muy ronca y desconocida para él, preguntó:

—¿Cómo se encuentra la señora Gavin?

—¿Y usted quién es?

—Un amigo de ella —replicó evasiva la voz muy gruesa al otro lado del hilo—. He sabido que se encontraba mal. ¿Es usted su hijo?

—Por favor, dígame su nombre —insistió, no quería dar información hasta conocer la identidad de quien llamaba por teléfono.

El hombre de la voz gruesa, que, paradójicamente, al articular determinadas palabras se afinaba de forma insospechada, le dijo:

—Estoy convencido de que lo que le sucede a la señora Gavin se puede curar.

—¿Es usted médico, acaso? —preguntó, tratando de sonsacarle.

—No exactamente. A la señora Gavin le ocurrió una pequeña desgracia, pero es remediable, créame. No estaría hablando con usted si no lo pensara así.

¿Por qué se empeña en ocultar su identidad?

Es que eso carece de importancia. ¿La trata algún psiquiatra?

—Si.

—No conseguirá nada con ella. Los psiquiatras son una mezcla de buena voluntad, arrogancia patriarcal y confusionismo, aunque esto último se preocupan mucho de disimularlo. De todos modos, mientras no la someta a electroshock o le de drogas en exceso, no le hará ningún daño. Volveré a llamarle en otra ocasión.

—Espere…

No consiguió retenerlo. Aquel hombre de voz muy grave, un total desconocido para François, acababa de colgar.

François miró sin ver el auricular rojo de su teléfono, como si a través de aquel aparato pudiera descubrir la identidad del anónimo comunicante.

# CAPÍTULO VIII

—Gracias, amigos, gracias, os habéis preocupado por mí en exceso —declaró Madeleine ante su micrófono color naranja, un micrófono frente al que se sentía libre, sin inhibiciones. Hablar ante él no era un esfuerzo sino un placer—. Mis colegas se han pasado hablando de mí, os quiero a todos; pero, por favor, dejemos ya el tema y la próxima madrugada, cuando os convirtáis en mis amados, mis deseados Ingresados, hablaremos de nuestros temas habituales en «Entre sábanas». Anda, Raimond, diles algo…

—Que todos estamos contentos de volver a tenerte aquí.

—Caramba, si no he estado fuera tanto tiempo, mi ausencia sólo ha durado un suspiro. Mañana quiero oír voces cariñosas y también femeninas para que Raimond no se nos ponga triste.

La nueva técnico del programa hizo unos gestos con la mano y pasó la música del plato al aire, terminando así el programa cuando ya esperaban entrar los muchachos del informativo matinal.

—Estás contenta, ¿eh? —le dijo Raimond ya a micrófono cerrado.

—Pues sí, los teléfonos quemaban. Es muy gratificante comprobar que eres querida por mucha gente a la que ni siquiera conoces. Este medio de la radio es algo alucinante. Nos ponemos en contacto con gente que no conoceremos nunca, que jamás sabremos como son y que a nosotros nos consideran como amigos, casi como de la familia.

—Así es este medio de la radio, aunque el de la televisión es mucho más poderoso.

—Y también más artificial, eres menos tú. En la radio, prácticamente estamos de igual a igual el que telefonea y nosotros. Somos voces en el aire para los demás radioyentes. —Suspiró—.

Dicen que cuando te ocurre algo desagradable te das cuenta de que los amigos se pueden contar con una sola mano y a veces sobran los cinco dedos, pero en este caso, para contarlos hubiera necesitado las manos de todo un batallón.

—Y ten cuidado, no se le ocurra a algún colega montarte un homenaje.

—Espero que no. Prefiero vivir solo en las ondas, con la voz y de madrugada mientras haga este programa. Más adelante, cuando haga otra cosa, quizás, pero ahora estropearía la magia de «Entre sábanas».

—Eres una chica excepcional y los radioyentes lo notan.

—No exageres, sólo conectamos con ellos.

—Y además eres muy fuerte. Te has recuperado rápidamente pese a que estuviste casi muerta por sobredosis.

—Sí, de no haber llegado François tan oportunamente no me habría salvado. Querían asesinarme y que pareciera una muerte accidental por sobredosis de droga y alcohol.

—Tus amigos los «ingresados» no se lo hubieran creído —opinó Raimond cuando ya entraban los informativos y se apagaban las luces del pequeño estudio, porque otro estudio lleno de papeles repletos de noticias entraba en acción.

—Vámonos, hay que descansar y prepararnos para la próxima madrugada. Hemos de pensar en algo especial, algo que sorprenda a nuestros escuchas y no les deje dormirse.

Qué mala eres. ¿Quieres matarlos de insomnio?

No, claro que no, pero lo mío es entretenerlos junto al receptor y conseguir que llamen aquí.

—¿Te acompaño a casa? Tengo el coche listo.

—Gracias, pero yo también tengo a punto mi coche.

—Puedes marearte.

—No temas, estoy bien para conducir, ya sabes que no suelo beber. Gracias por tu ofrecimiento, Raimond, otro día.

Le tomó el mentón con los dedos y le besó en ambas mejillas.

Raimond iba a decirle algo más pero se contuvo. Madeleine tomó sus escasos apuntes y abandonó el estudio. Fue hasta la cafetería de la emisora y pidió leche sin café. Deseaba dormir, el sueño era su gran medicina, su perfecto recuperador vital.

—¿Puedo sentarme?

—¡François! —exclamó sorprendida.

El hombre sonrió. Sus ojos estaban como algo velados. Su mano oprimió suavemente la femenina a modo de saludo y luego la dejó sobre la mesa.

—No me esperabas, ¿eh?

—Pues no, aunque siempre espero tu presencia.

—¿De veras?

—Mejor no te lo repito, los hombres os ponéis inaguantables.

—Como estás tan solicitada por los hombres, tienes derecho a quejarte.

—¿Te burlas? —preguntó ella antes de mordisquear una pasta que acababan de servirle.

—No me burlo. He escuchado tu programa como uno más de tus «fans» y tienes verdadero éxito, mucha gente te quiere. Habrás de pedir aumento de sueldo y que te pongan en una hora de mayor audiencia.

—No me provoques —le pidió. Tomó un sorbo de leche y añadió—: Podría subírseme el éxito a la cabeza, lo que me ha sucedido es coyuntural.

—¿Coyuntural?

—Sí, por lo que me ha ocurrido. Los salvajes de la moto me atacaron primero en la calle, luego quisieron asesinarme en tu apartamento. La gente buena, los que no son delincuentes ni se meten en líos, se siente identificada conmigo, se sienten también un poco víctimas de esas estúpidas y canallescas agresiones y por eso llaman.

—Tienes la mente muy clara. ¿Te ha contado todo eso un psicólogo?

—Alguno ha pasado por el programa.

En aquel momento, al mirar hacia el espejo que tenía delante y a través de él, Madeleine descubrió a Raimond en la puerta de la cafetería, observándoles con aire sombrío. Su Instinto femenino le advertía que Raimond estaba muy molesto por la presencia de François al que debía considerar un poderoso rival.

La Joven levantó su mano para saludarle a través del espejo. Raimond no respondió, dio la vuelta y se alejó del bar. François preguntó:

—¿A quién saludas?

—A Raimond que se iba. —Ah, tu fiel compañero.

—Sí, nos avenimos muy bien.

Pero el programa es tuyo.

—Es mejor ser dos para entablar diálogo con comentarios cuando se presenta la ocasión. Hay momentos en que es mejor que intervenga él y luego están las ausencias, que las cubre uno u otro alternativamente. Por cierto, no te he preguntado por tu madre.

—Estoy muy preocupado por ella —confesó François mientras con un gesto de su mano pedía al camarero que se acercara.

—¿Continúa igual?

—Sí, en estado catatónico. No se mueve, se queda en la postura que la dejes y cualquiera podría pensar que su mente ya está muerta.

—¿Qué opina el psiquiatra?

—La visita cada día, pero no avanza nada. El dice que es cuestión de tiempo.

—Pues si utilizas la medicina privada, te vas a arruinar.

—Haré lo que pueda por ella. No quiero encerrarla en un manicomio para que termine allí su vida en circunstancias tan desagradables.

El camarero se detuvo junto a la mesa y el joven le pidió un café doble. El camarero se alejó y fue Madeleine quien ahora alargó su mano para tomar la de François.

Éste se mostró dubitativo pero al fin se decidió a explicar:

—Me llamó por teléfono un desconocido.

Como que hacía una pausa, la muchacha puso su mirada con mucho interés sobre el hombre, invitándole a continuar.

—Ese desconocido me aseguró que él podía curar a mi madre y me extrañó que supiera que está enferma.

—¿No se identificó?

—No. Su voz me pareció extraña, como de un extranjero. La verdad es que si él sabe cómo curarla, me agradaría que se diera a conocer.

—¿Quieres que te ayude?

—¿Cómo?

—Podría hacer una llamada a través de la radio.

—No conseguirías nada. No sé quién es ni como encontrarlo, espero que vuelva a ponerse en contacto conmigo.

—Te sorprenderías de todo lo que se puede conseguir a través de la radio.

—La verdad es que te estoy dando la lata con problemas que no deben afectarte, tú ya tienes los tuyos.

—Que gracias a Dios y a ti ya he superado.

—¿Quieres venir a mi apartamento? —preguntó directamente, buscando los ojos femeninos, azules y siempre cálidos.

—Verás, preferiría ir al mío.

—Entonces, ¿me dejas que te acompañe al tuyo?

—Me temo que seguirás insistiendo hasta que lo consigas —sonrió Madeleine.

Al mostrarle el apartamento tras cerrar la puerta y quedar aislados del mundo exterior, la joven le hizo observar:

—Ya ves, es muy grande pero muy antiguo. Sólo tengo algunas piezas arregladas, fue una herencia. Creo que debería partirlo y alquilar lo que no necesito.

Rehabilitada y remozada, resultaría una vivienda muy grande y agradable.

La verdad es que no tengo ganas ni el dinero necesario para rehabilitarla. En ocasiones he pensado en vender y con lo que saque, comprarme un apartamento como el tuyo.

—Pero está un poco lejos y eso es malo, se pierde demasiado tiempo en desplazamientos. La gente de París envejece dentro de los coches, en los atascos urbanos.

—Sí, es un espectáculo triste, todos encerrados dentro de nuestras respectivas burbujas de acero, cristal y plástico, y nos pasa eso porque nos empeñamos en vivir apiñados.

—El humano moderno es demasiado gregario. Debiera prohibirse que las ciudades pasaran de una determinada densidad demográfica. París ya está perdida, no tiene remedio, veremos qué sucede con esta ciudad en el año dos mil.

—Espero que continúe siendo hermosa e interesante.

François atrapó con sus brazos a la mujer y la estrechó contra sí, acariciando su melena larga y rizada, rubio oscuro.

—Sí, ha de ser deseable, que invite a ser poseída, que exija que se le llene el bajo vientre de semen.

—¿Para seguir procreando más y más parisinos?

Era difícil imaginar los recuerdos, las historias vividas en aquella

antigua y enorme casa.

La alcoba de Madeleine estaba bien acondicionada, era muy confortable. Una luz tenue iluminaba los cuerpos desnudos de la pareja.

—Te tengo miedo —gimió ella mientras su cuerpo se estremecía, besado, acariciado, penetrado.

—¿Por qué? —preguntó él sin dejar de besarla en el cuello.

—Soy una profesional, quiero vivir independiente, libre e independiente —repitió cerrando los ojos, incapaz de mantenerlos abiertos en aquellos momentos mientras sus uñas se clavaban en los costados del hombre.

—Puedes seguir siendo libre.

—No, no, los hombres sois absorbentes, unos cerdos absorbentes.

—Pues este cerdo que te está montando te va a comer viva…

François Gavin sabía cómo prolongar aquella situación de amor. Llevaba a Madeleine al éxtasis, la hacía vibrar y luego descender en sus sensaciones para comenzar de nuevo con otras caricias demoledoras.

—No, no, no salgas —gemía ella.

—Sólo cambia de posición —le pidió.

—¿Qué vas a hacerme?

—Ahora te pondrás como una gatita…

Como si él leyera su pensamiento, le acarició los pechos como ella deseaba, pechos que ahora caían plenos hacia abajo por la postura en que se hallaba. Cogida por el vientre, se sintió como elevada en el aire. Onduló su cuerpo de cintura hacia las piernas y se dejó llevar por la fuerza del hombre que supo cómo tratarla para que volviera a gemir, para que sus ojos ahora abiertos no vieran nada, para que tuviera la impresión de que la cama saltaba de un lado a otro.

—No, no… Sí, sí… Ah, ah… François, François, qué bueno, qué bueno…

Sonó el timbre del teléfono, frío y cortante.

—Olvídalo —pidió él sin soltarla, acercándose a la culminación de aquel encuentro amoroso que ambos habían deseado y que gozaban por igual.

—El teléfono… —gimió la joven hasta caer derrumbada,

exhausta, mojada en sudor de goce.

Mientras Madeleine permanecía boca abajo, él se dejó caer a su lado boca arriba. El teléfono seguía sonando.

—Eres magnífica.

—Y tú tienes demasiada experiencia en el amor.

—¿Te quejas?

El teléfono dejó de oírse y un gratificante silencio les envolvió.

—Creo que será difícil que seas de una sola mujer.

—No lo creas. Cuando se encuentra lo que se desea, ¿para qué pensar en otros manjares menos apetitosos?

Ella se revolvió en la cama hasta colocar su rostro y su melena suelta sobre el musculado pecho del hombre.

—Te quiero, François.

—¿Como a tu colega Raimond?

—A él le tengo cariño, es un gran amigo.

—¿Se lo has dicho así?

—No, no quiero decírselo.

—¿Por qué sabes que él te ama y te desea?

—No hablemos de eso ahora. Muchos hombres me dicen que me aman y me desean, pero yo sólo te amo a ti, François.

—¿Por qué he matado a unos canallas para salvar tu vida?

—Por muchas cosas más. Cuando apareciste por primera vez en la redacción de la emisora, bueno, creo que muchas mujeres sentirán lo que yo al verte. Eres muy guapo y muy varonil y estoy convencida de que las relaciones de cama han debido serte siempre fáciles.

—Si piensas así, no podrás ser mi pareja estable. Oyéndote por la radio nadie podría suponer que eres una mujer celosa.

—Es un sentimiento que jamás había creído tener, pero estoy descubriendo que sufro por ti. —Pasó su brazo rodeando el torso masculino, cubierto de abundante vello rubio oscuro—. Te quiero para mí. No debiera decírtelo, porque puedes reírte de mí.

—No, yo también te quiero para mí.

—En estos momentos, me siento sin inhibiciones.

—La mujer que en situaciones como ésta no se entrega totalmente, es que es incapaz de gozar y hacer gozar. Te amo, amo tu cuerpo, pero también amo tu espíritu. Amo la forma en que hablas, en que te diriges a los hombres. Amo la forma en que miras,

amo tu aliento, los sonidos que te rodean porque penetran en ti. Me gusta acariciarte no tan sólo porque siento placer, sino porque te lo doy, porque tú lo recibes. Amo que seas feliz.

—François, François —gimió.

El hombre movió su cuerpo hasta colocarse de nuevo sobre ella y al estirar sus manos, Madeleine retuvo entre sus dedos la poderosa masculinidad de François.

—Increíble, increíble… Soy tuya, tuya…

De nuevo sonó el teléfono frío y estridente, cortante, pero los amantes no quisieron prestarle atención, como si estuvieran seguros de que a través de él sólo iba a llegarles algún mensaje maligno.

## Capítulo IX

—Veen a buscarmee… Estoy muertooo…

La voz grave, infrahumana, salía poco clara por el altavoz del cassette del contestador automático del teléfono.

—¿Te das cuenta, François? Siete llamadas mientras tú y yo nos amábamos —dijo Madeleine muy nerviosa, como no encontrando las palabras, cuando ella era una gran profesional del micrófono.

François Gavin detuvo el aparato para que no fuera pasando más las llamadas recibidas. Había podido escuchar las siete llamadas, aquellos telefonazos largos y molestos cuando amaba a Madeleine con toda la intensidad de que ambos eran capaces.

No se dejaron vencer por el teléfono. Habían dado primacía a su unión, a su goce, a su relación plena que los timbrazos no consiguieron enfriar.

Habían dejado la respuesta para el impersonal contestador automático, pero al pasar la cassette, Madeleine estuvo a punto de que sus nervios estallaran.

Cuando creía que sus problemas habían terminado, de nuevo aquella voz de ultratumba le recordaba que alguien no quería dejarla en paz y Madeleine era incapaz de tomársela a broma.

Al oír aquella cinta grabada a través del teléfono se había sentido tan sola como dentro de un cementerio en noche sin luna. Estaba segura de que había algo sobrenatural en aquella voz, por ello había acudido al apartamento de François para hacerle oír la cinta y que él la ayudara a tranquilizar su espíritu, al borde de la locura.

—¿Lo sabe la policía?

—Todavía no —respondió Madeleine—. Creo que si voy con esta cinta me van a tomar por una histérica.

—La policía siempre dice que tiene mucho trabajo y más en los últimos tiempos que en París ha aumentado tanto la criminalidad. —Hizo un gesto de duda y prosiguió—: Además, esa voz no te hace ninguna amenaza, sólo dice que quiere verte y que está muerto. Sin duda es un bromista.

—Me gustaría que fuera un bromista para no darle importancia, pero me da miedo.

—Podría ser el técnico que la policía descubrió que te estaba pasando esta voz por antena.

—¿Valery?

—Sí, él.

—No sé, Valery es capaz de gastar una broma, una broma que le ha costado el empleo y ahora es posible que tenga dificultades para encontrar otro. Habrá de marchar a provincias, a una emisora donde se le pagará mal.

—Puede estar resentido, ¿no?

Madeleine hizo un gesto ambiguo y buscó un mejor apoyo para su espalda en el sofá mientras echaba hacia atrás un mechón de cabellos que cubría parcialmente su ojo derecho.

—Quizás, pero ¿qué pretendería con este absurdo juego?

—No lo sé, eso tendría que decirlo él.

—Posiblemente ya no esté ni en el apartamento que tenía alquilado.

—¿Por qué no lo pruebas?

Dudó, pero al fin cogió el teléfono y comenzó a marcar un número que sabía de memoria.

—Es su apartamento —dijo a François—. Muchas veces le llamaba antes del programa para que tuviera en cuenta detalles musicales.

Sonó la llamada. Después de repetirse siete veces, cuando Madeleine creía que ya no le iban a responder, descolgaron al otro lado de la línea.

—¿Diga? —preguntó con desgana una voz de mujer.

—¿Está Valery?

—No, se ha marchado. El apartamento está en alquiler. Si conoce a alguien que le interese, es algo pequeño pero está bien de precio.

—Sí, sí, gracias, lo tendré en cuenta —dijo Madeleine. Colgó y

mirando a Françoise le dijo—: Se ha ido.

—No es de extrañar —admitió François—. Su situación era mala. Cuando echan a alguien de su trabajo y además ha Intervenido la policía, suele ponerse tierra de por medio. No obstante, puede ser el autor de las llamadas, no podemos olvidar que es un especialista en eso de los micrófonos y teléfonos. París es muy grande y encontrar una habitación donde hospedarse no es difícil, lo difícil es hallar al que se esconde.

—¿Y qué hago, dejar que siga llamando, que siga molestándome, que mis nervios vayan rompiéndose?

Le puso una mano sobre el muslo y lo apretó suavemente sin que ella se apartara.

—No tienes que dejar que te afecte esa llamada, has de ser fuerte y vencerle con tu indiferencia.

En aquel momento, el timbre del teléfono los puso a ambos de nuevo en tensión. Miraron el aparato con fijeza mientras éste insistía en su llamada. Hasta el cuarto timbrazo, François Gavin no lo descolgó.

—¿Dígame?

—Hola, Gavin. ¿Cómo sigue su madre? Seguro que mal. Sólo yo puedo salvarla del estado en que se encuentra —le dijo la voz gruesa que en ciertos momentos adquiría tonillos agudos. Era una voz dominante que François reconoció en el acto.

—¿Quién diablos es usted?

—Si le digo mi nombre, se quedará igual. Si le digo el apodo por el que se me conoce, puede cometer alguna tontería que terminaría pagando su madre. Gavin, usted ha puesto a su madre en manos de la ciencia y ya ve que no prospera. No le queda otro remedio.

—Si quiere que le haga algún caso, dígame su apodo.

—Me llaman el Sabedor. Ya sé que le parecerá un poco ridículo, pero es así.

—El Sabedor me parece un nombre muy pretensioso.

—No se lo niego. —La voz al otro lado del teléfono se rió—, pero yo tengo en ni poder la sabiduría de milenios, una sabiduría de la que carece la ciencia occidental.

—¿Puedo pensar que es usted un embaucador? —preguntó abiertamente.

—Piense lo que quiera, pero si desea que su madre abandone el

estado en que se halla, habrá de recurrir a mí. He de advertirle que no soy altruista, tengo una pequeña comunidad de adeptos que mantener y eso cuesta dinero.

—¿Cuánto quiere cobrarme?

—Cien mil francos.

—¿No se está cotizando demasiado alto?

—¿Cuánto cree que le va a costar la ciencia occidental y los cuidados de una enfermera? Vamos, haga números. Tiene tiempo de consultar con la almohada, mañana volveré a llamarle. Ah, y salude al psiquiatra de mi parte.

El Sabedor colgó y François quedó perplejo con el auricular en su mano.

—¿Quién era? Si es que puedo preguntar. Te veo muy afectado.

—Es un gurú o un chaman de esos que tanto abundan ahora por París que hablan de técnicas orientales. Yo creo que es un embaucador.

—¿Te ha propuesto algo?

—Sí, curar a mi madre por cien mi1 francos.

Es mucho dinero.

—Sí, y lo malo es que tiene razón sobre lo cara que también resulta nuestra ciencia occidental.

—¿Y qué vas a hacer?

—Todavía no lo sé. No puedo negarme rotundamente, ni siquiera puedo consultar al psiquiatra, se echaría a reír, pero el caso es que mi madre no se recupera y la ciencia dice que está perdida. ¿Qué harías tú, Madeleine?

—Es una respuesta difícil la que me pides, se trata de un asunto muy personal, pero puedo decirte que sí hay tipos muy especiales que son capaces de conseguir lo que la ciencia dice que es imposible. De todos modos, si se trata de pagar después de la recuperación, no sería malo probar.

—Mamá no es ninguna anciana todavía, puede vivir muchos años si se encuentra bien, pero en el estado en que se halla… —Suspiró—. Tengo la noche para meditarlo, pero creo que al final terminaré claudicando. Es increíble. Un tiempo atrás me hubiera reído de alguien que aceptara una proposición de un sujeto semejante, un embaucador, habría dicho; en cambio, ahora…

—Ahora tienes a tu madre en una situación que la ciencia

médica considera irreversible. ¿Qué cuesta probar?

# CAPÍTULO X

Madeleine, François y la enfermera Joanna Daphnie miraban muy extrañados cuanto ocurría a su alrededor. Las jóvenes y bellas prosélitas del Sabedor, vestidas con aquellos hábitos que recordaban a otras religiones, se habían como apelotonado en la terraza circular.

—Sería mejor que usted esperase en el coche —dijo François a la enfermera en voz baja, como para no ser oído por las provocativas monjas—. No, prefiero quedarme y ver qué pasa aquí.

—¿Para contárselo al psiquiatra? —preguntó Madeleine que había oído las palabras de François y la enfermera.

—No teman, no le contaré nada. No es nada extraño para nosotras las enfermeras ver como los pacientes desahuciados por la medicina acuden a curanderos e iluminados.

—Está bien, cuento con su silencio, de lo contrario habré de despedirla —advirtió François.

Madeleine comprendió que François no estaba nada convencido de que allí su madre se pudiera curar merced a la magia del Sabedor.

La señora Gavin se hallaba encajada en una silla de ruedas y sujeta por anchas vendas para que su cuerpo no se cayera, pues era incapaz de mantener la verticalidad de su espinazo ni aún con la ayuda del respaldo.

La cabeza de la mujer estaba ladeada, caída sobre el hombro izquierdo. Tenía los ojos cerrados, la boca entreabierta. La palidez de su rostro era extrema y se la hubiera podido tomar por un cadáver de no ser porque respiraba suavemente y por las palpitaciones cardíacas, monótonas y espaciadas.

Se abrió una amplia puerta de doble hoja y por ella apareció el

gran butacón tapizado en tela de raso estampada con grandes amapolas.

El voluminoso negro estaba encajado en el butacón, muy sonriente, empujado por dos de sus jóvenes y hermosas prosélitas blancas.

—Hola, señor Gavin. —Miró a Madeleine y a la enfermera pero no les dijo nada—. ¿Preparado?

—Quiero que sepa que estoy convencido de que sus magias no van a servir de nada.

—No voy a reprocharle su incredulidad —dijo el Sabedor—, hay mucho embaucador por ahí. Después de todo, ella no va a salir perjudicada en nada, todo lo contrario. Yo puedo regresarla a su estado normal como era antes.

—¿Qué sabe usted de cómo era mi madre antes? Tiene que responderme a muchas preguntas. Nadie sabe por qué ha caído en ese estado catatónico.

Muy suficiente, desde su posición de superioridad de la que estaba convencido, el Sabedor sonrió y puntualizó:

—No hay preguntas. Esto no es una comisaría ni usted es policía. Yo trato de ayudarle, eso es todo. Si no está convencido, todavía está a tiempo de coger la silla de ruedas de su madre y llevársela.

François Gavin se colocó tras su madre y puso sus manos sobre la silla. Madeleine le cogió por el brazo tratando de retenerle y dijo en voz baja:

—Ya que estamos aquí, ¿por qué no probar?

—Está bien, adelante —aceptó François.

El Sabedor inquirió:

—¿Trae el dinero?

—Si tiene tanto poder mágico, ¿por qué se preocupa del dinero?

—Ya se lo dije, he de mantener a mi comunidad, ya ha visto cuantas prosélitas tengo y mis iluminadas corren cada día.

De un bolsillo de su gabán oscuro, François sacó un cheque doblado que mostró al voluminoso brujo negro. Éste alargó la mano sonriente pero desconfiado. François le puso el cheque entre los dedos y el Sabedor lo leyó.

—Cien mil francos, bien firmado, todo parece correcto.

Con gran agilidad de brazo y dedos, François le arrebató el

cheque sin que éste sufriera deterioro alguno.

—Será suyo cuando mi madre se recupere.

—Bien, empecemos. No creo que después de ver los resultados se atreva usted a desafiar a mi magia.

En la vertical de la terraza, el cielo se veía estrellado, aunque la luz de las estrellas era débil, una bruma ligera cubría París.

El brazo voluminoso del Sabedor se alzó y sus manos marcaron órdenes que sus prosélitas supieron interpretar. Dos de ellas empujaron la silla de ruedas de la señora Gavin hasta el centro de la terraza y el coro de voces femeninas inició un canto de invocación mientras se encendía el círculo de fuego en torno a la silla de ruedas en que se hallaba bien sujeta la señora Gavin.

El Sabedor lanzó unos gritos que no parecían palabras, con cambios de tonos, y luego sí gritó una palabra inteligible para todos:

—¡Regresaaa!

Madeleine, inquieta, se cogió al brazo de François. Éste, como si hubiera calculado que aquel círculo de fuego no podía dañar físicamente a su madre, inmóvil en su silla, permanecía quieto, expectante, escéptico.

El grupo de prosélitas del Sabedor seguía cantando, entregadas a su labor. No parecían tomarse a broma lo que hacían, sino muy seriamente. Las llamas, entre rojas y azuladas, no chisporroteaban, eran lenguas altas pero limpias. Los cánticos y los gritos del Sabedor daban a la situación un encanto mágico. Mientras, la señora Gavin seguía quieta, como muerta en su silla de ruedas, rodeada por el círculo de fuego que se suponía la protegía de los malos espíritus.

Súbita e inesperadamente, Joanna Daphnie dio un grito y cayó al suelo donde comenzó a retorcerse de forma más espectacular que si fuera víctima de un ataque de epilepsia.

Madeleine se precipitó sobre la enfermera, pero se le adelantaron dos de las prosélitas del Sabedor que parecían saber muy bien qué hacer en aquellos momentos. François se encaró con el brujo negro y le preguntó:

—¿Qué significa esto?

El rostro del Sabedor esbozó un rictus de contrariedad, era evidente que algo había salido mal, algo no había funcionado como él deseaba. Mientras, a distancia, por un control remoto, apagó el

círculo de fuego.

—Parece que ha habido interferencias. El espíritu de esa mujer que se retuerce en el suelo se ha interferido, no debía haber estado esta noche aquí, su presencia ha sido muy negativa. Buscaré otra noche más apropiada y…

François no le dejó terminar, saltó por encima del círculo de fuego ahora apagado y tomó la silla de ruedas para sacar a su madre de allí.

Al llegar frente al brujo negro, le mostró el cheque. El Sabedor medio sonrió como esperando un gesto amistoso, pero François lo rompió en varios pedazos dándole a entender que no iba a pagarle nada.

Mientras, Joanna Daphnie había recibido unos masajes que la tranquilizaron. Las jóvenes monjas realizaron bien el trabajo para el que estaban preparadas y aunque con expresión idiotizada, Joanna fue puesta en pie y sin ayuda conservó la verticalidad.

—No sé lo que me ha ocurrido… Me siento mareada.

# CAPÍTULO XI

Dejaron la silla de ruedas con la señora Gavin en el centro de la sala.

Madeleine no sabía qué hacer, se sentía incómoda y afectada. Jamás antes había asistido a una ceremonia como aquella que no sabía si calificar de religiosa, de mágica o de brujería. Le había impresionado vivamente y habría hablado de ella en su programa de no resultar un fracaso, o por lo menos así se lo había parecido a ella y a François.

—Joanna, acostemos a mamá, yo la ayudaré.

—No hay prisa. Primero, venid conmigo.

No fue una invitación sino casi una orden. Madeleine y François se miraron y como Joanna Daphnie echaba a andar hacia la cocina, la siguieron preocupados.

La enfermera no se detuvo en la cocina.

Abrió la puerta que daba al exterior por la parte trasera y salió al jardín, sin más luz que la de la luna fría, una luna que hacía estremecer, contribuyendo a la gelidez nocturna.

—¿Adónde va? —preguntó Madeleine.

—No lo sé —replicó François con sinceridad.

El Jardín terminaba en un camino que tenía entre quince y veinte pasos. Pegado al muro de separación con la vecindad, estaba el cuarto de jardinería que la señora Gavin había empleado durante mucho tiempo como pequeño invernadero, pues aquel espacio encerrado entre paredes no tendría más de tres por tres metros, con grandes cristaleras para que entrara el máximo de luz durante el día.

Joanna se movió allí con una sorprendente naturalidad. Abrió la puerta y encendió la luz. Una sórdida bombilla iluminó unos

estantes en los que se alineaban macetas con plantas de invernadero. Allí estaban las herramientas y útiles de jardinería, limpios y cuidados, la señora Gavin siempre había sido una mujer muy ordenada.

—Pasad —ordenó Joanna, haciéndose a un lado para que la pareja entrara en el recinto.

—¿Qué le ocurre? —Gruñó François.

Habiendo quedado la enfermera más cerca de la puerta y más hacia el interior François y Madeleine, Joanna, con una voz que no parecía pertenecerle pero que hizo palidecer al hombre, comenzó a decir:

—François, nunca quisiste a tu hermano Paul. Cuando me casé con tu padre, tú ya tenías siete años y eras fruto de un primer matrimonio de él. Tu padre y yo convinimos que si venían más hijos, serían todos iguales en apellidos, trato y herencia, pero tú eras más listo, más fuerte, siempre te consideraste el primero en todo, incluso en el nacimiento, porque ocho años tenías cuando nació Paul.

—Pero ¿qué puñetas está diciendo, a quien trata de imitar? ¡Usted no es mi madre! —gritó François Gavin muy nervioso y agresivo contra Joanna.

—Déjala, no vaya a cogerle otro ataque —le pidió Madeleine.

—A Paul tuve que mimarlo más porque era más débil —siguió diciendo la enfermera, hablando como si fuera la señora Gavin. Incluso, su voz recordaba a la madrastra de François—. Murió tu padre y yo recibí la herencia principal porque así lo habíamos acordado, vosotros teníais la legítima, pero a ti te parecía poco y estabas convencido de que Paul, a mi muerte, lo heredaría todo. Tú, el m5s fuerte, el más listo, el más guapo, odiabas al más débil por la protección que éste recibía. Hay que conocerte muy bien para darse cuenta de que tu espíritu es malvado y ruin, François.

—¡Cállese!

—Discutiste varias veces con Paul y en vez de protegerle, lo que hiciste fue darle palizas. Paul se callaba, venía a mi llorando pero no te acusaba. Te tenía miedo porque en la soledad siempre lo amenazabas, sí, lo amenazabas de muerte hasta que un día cumpliste tu palabra. Quedaste una noche con él aquí, le dijiste que tenías algo importante que decirle y una vez a solas, lo mataste y

enterraste. La tierra es blanda y el resto de tierra sobrante lo esparciste por el jardín. Nadie se enteró de tu infame crimen. Antes de que saliera el sol, ya no estabas aquí, pero encontraste la cartera de tu hermano y la arrojaste lejos, muy Tejos de esta casa. La encontró el delincuente de la moto, se quedó con el poco dinero que había dentro y falsificó la documentación para así cometer sus fechorías con mayor impunidad. Mataste a los otros tres salvajes de la moto para que no dijeran que el que murió había encontrado la cartera en la calle. Te interesaba que la desaparición y posible muerte de Paul quedara como un asunto de esos asesinos de la moto, por eso los callaste a tiros.

—No es posible, tú no eres mi madre —dijo François con voz rencorosa.

Madeleine, atónita, lo veía totalmente cambiado. Ya no era el hombre amable y atractivo, se estaba transformando en una fiera rencorosa.

—Yo he estado moviéndome en libertad por el mundo de los espíritus de los muertos y los vivos errantes. Llamé a Paul, lo encontré y me lo contó todo, todo. ¿Lo comprendes?

¡Todo!

—Está loca, Joanna. ¿Quién va a creer una historieta semejante?

—¡Estooooy muertoooo…!

Los ojos de François se agrandaron hasta casi saltarle de las órbitas al oír aquella voz de ultratumba que salía de debajo de sus pies.

Madeleine se sobrecogió de terror e incluso fue incapaz de mover sus pies para salir huyendo.

—¡No es posible, todo es un truco de la bruja de mi madrastra, aquí hay algún altavoz!

Fuera de sí, sudoroso y desencajado, François golpeó la tierra con la punta de su pie.

—¡François! —gritó Madeleine, aterrada.

François levantó la cabeza pero ya era tarde.

La enfermera Joanna, dominada por el espíritu que se había introducido en su mente, acababa de tornar entre sus manos la azada grande. La levantó en el aire y la sombra de su figura se perfiló contra la puerta del fondo debido a la bombilla que iluminaba el centro del cuarto.

El acero curvo y afilado cayó pesado y letal sobre la cabeza de François Gavin.

Madeleine se llevó las manos a la cara al ver el rostro de François reflejando el dolor y el espanto de la brutal muerte.

Los ojos perdieron su mirada y la sangre cayó por ambos lados del rostro, brotando del cráneo partido en el que quedó clavada la azada.

Joanna Daphnie se había quedado ya quieta, sin expresión alguna en el rostro. No lloraba ni reía, era una máscara impenetrable para el resto de sus días.

# EPÍLOGO

Ante el micrófono, Raimond comentó:

—Lo que explicas es alucinante, Madeleine.

—Pues, así sucedió. Lamento que esta noche no sea una gozada sino una noche de terror, de estremecimientos entre las sábanas.

—¿De modo que allí enterrado se encontró de veras el cadáver del muchacho asesinado por su hermano? —preguntó Raimond, saliendo siempre el diálogo por las ondas.

—Sí, allí lo encontraron, a no demasiada profundidad.

—¿Y la señora Gavin?

—En un manicomio, catatónica hasta la muerte. Parece que su espíritu no pudo regresar a tiempo a su cuerpo y se quedó vacía.

—¿Y la enfermera Joanna?

—También recluida en un sanatorio, esquizofrenia irreversible, dicen los psiquiatras. Dos espíritus habitan dentro de ella. La justicia se encargará de cuidarla, después de todo fue ella quien acabó con la vida de François Gavin.

—¿Sabes que con todo lo que estás contando nuestros oyentes no van a poder dormir?

—Ya no importa, se están acercando las siete de la mañana. La llegada del nuevo día ahuyentará los demonios del terror.

—Antes de que acabe el programa, Madeleine, quisiera que me dijeras algo sobre las llamadas telefónicas del supuesto muerto. Era un truco, ¿verdad?

—¿Un truco? ¿Quién puede saberlo? En el bolsillo del joven muerto encontraron un teléfono Inalámbrico, pequeño como un paquete de cigarrillos, un teléfono que él utilizaba por dentro de su casa para poder moverse de un lado a otro sin tener que correr a un teléfono fijo si recibía una llamada. Yo no puedo afirmar que un

muerto llamara al programa por ese teléfono portátil, pero tampoco puedo asegurar lo contrario. Los hechos están ahí, cada cual puede tomarlos como prefiera. Mis queridos amigos, el programa ha terminado…

FIN



SUCESOR DE LOS GRANDES MAESTROS DEL TERROR EDGAR ALLAN POE Y LOVECRAFT, ESCRITORES QUE JAMÁS CAERÁN EN EL OLVIDO AUNQUE SUS CUERPOS YA ESTÉN MÁS ALLÁ DE LA MUERTE. RALPH BARBY MANTIENE VIVO ESTE GÉNERO CLÁSICO E INMORTAL, PORQUE EL SER HUMANO SIEMPRE TENDRÁ MIEDO A LO QUE IGNORA, A ESOS SERES QUE QUEDAN AL MARGEN DE LAS DIMENSIONES CONOCIDAS.

AUTOR DE TÍTULOS ESTREMECEDORES, RALPH BARBY SEGUIRÁ PROPORCIONANDO A SUS LECTORES NUEVAS HISTORIAS A TRAVÉS DE ESTA COLECCIÓN ESCALOFRIOS DE TERROR, UNA EXCLUSIVA DE EDICIONES OLIMPIC S.L., PORQUE ESTREMECERNOS DE MIEDO ES UN PLACER QUE NOS HACE SENTIR MÁS VIVOS.

Ediciones Olimpic, S.L.
Apdº Correos 9428
08080 - Barcelona

P.V.P. 90 Pts